

SS
SERVICIO SECRETO

BB

A stylized illustration of a man in a brown suit, white shirt, and red tie, standing next to a dark, ornate pillar. The background is a mix of green and blue washes. The man is looking towards the viewer with a serious expression. A long shadow is cast on the ground to his left.

SOMBRERO DE COPA
frank lewis

FRANK LEWIS

SOMBRERO DE COPA

Col. SERVICIO SECRETO n.º 673

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 9337 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: JULIO 1963

© FRANK LEWIS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1139/63

SOMBRERO de COPA

por
FRANK LEWIS



GARIBAY-63.

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Tom Lawton fumaba tranquilamente. No tenía trabajo y ya empezaba a aburrirse. Había nacido para luchar, debido a su prodigiosa vitalidad. La inactividad hacía daño a su organismo.

Ya habían transcurrido tres meses desde que recibió su nombramiento de inspector del Servicio Secreto. Se debió a los méritos contraídos en su labor. A pesar de su juventud, se le consideraba como uno de los inspectores más inteligentes y decididos.

Su mirada recorrió su despacho. Era pequeño y no sobraban en él las comodidades. Se encogió de hombros imperceptiblemente; esto no le importaba un ápice.

En sus ojos brillaba un reflejo de añoranza. Cuando era agente no le faltaba trabajo, ahora ya llevaba dos días mano sobre mano. En voz baja masculló una maldición. Con furia aplastó la colilla en el cenicero y se

puso en pie, dispuesto a salir y tomar un café. Se distraería un poco.

En aquel momento sonó un golpe en la puerta. Malhumorado exclamó:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y apareció un joven. Tom lo examinó con indiferencia, aunque sacando la impresión de ser muy fuerte, a juzgar por su corpulencia y la firmeza de su mentón. Vestía bastante bien, aunque con cierto desaliño.

—¿Qué desea?

—Soy el agente Cliff Benson, señor. Desde esta mañana estoy a sus órdenes.

—Vaya, vaya, Benson —dijo Tom, volviéndole a examinar y sacando la misma impresión que la vez anterior—. ¿Con que le han destinado a ser mi auxiliar?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva de servicio, Benson?

—Dos meses, señor.

—Solo dos meses —comentó Lawton como si hablase consigo mismo—. Vaya pareja que vamos a formar. Lo imaginaba un novato. Y yo, un inspector recién ascendido.

—¿Me permite decirle una cosa, señor?

—Sí...

—Los dos juntos haremos grandes cosas, señor.

En la mirada del joven inspector había un destello burlón.

—¿De veras lo cree así?

—Estoy convencido, señor. He oído hablar mucho de usted y siempre le he admirado. Puede confiar en mí por completo, estaré dispuesto a cumplir todas sus órdenes.

—No le queda otra alternativa, Benson. A un superior se le debe obedecer sin titubear. ¿No lo sabía?

—Sí, señor. Temo haberme expresado mal; he querido decir que pondré todo mi entusiasmo al obedecerle.

Cliff Benson le pareció un buen muchacho, voluntarioso y entusiasta. Su ardor disminuiría conforme pasase el tiempo, acostumbrándose al engranaje de la organización. No le impresionó lo más mínimo oírle decir que le admiraba.

—Lamento desengañarle, muchacho. Desde mi nombramiento de inspector, solo he intervenido en dos casos.

—Habiéndolos resuelto a la perfección. Estoy enterado de ello.

—Se trataba de dos casos fáciles. Malhechores vulgares. Ahora no tengo trabajo alguno; al parecer, mi sector se halla en orden.

—No tardaremos en tener, señor.

—No me gusta verle tan optimista. ¿Me ha entendido? —respondió con aspereza.

El expresivo semblante de Cliff Benson enrojeció ligeramente y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Sí, señor.

—Otra cosa, Benson. Estoy cansado de oírle decir señor a cada instante. Mientras no esté un superior delante, no debe darme ese tratamiento. Con llamarme Lawton es suficiente.

—Sí, se... Lawton.

—Eso ya está mejor. Entre nosotros no debe existir formulismo, pero siempre le exigiré una férrea disciplina.

—Siempre lo he tenido entendido así —respondió Benson con repentina frialdad.

—Iba a salir a tomar café. Quédese aquí, quizá hagan una llamada, aunque no lo creo.

Y salió de su despacho sin mirar a su nuevo auxiliar.

Estaba malhumorado. Quizá fuese este el motivo por el cual se portó con tanta dureza con el novel agente. El aspecto de Cliff Benson le gustó, pero no deseaba tomarle afecto.

Le trataría a distancia, sin preocuparse apenas de él. Richard Brooks fue un inestimable auxiliar, estableciéndose una gran amistad entre ellos. Hacía unos días, Richard fue encargado de realizar una importante misión, no volviéndole a ver.

Con Cliff Benson no ocurriría igual. Cuando se lo quitasen solo lamentaría haber perdido un valioso auxiliar, pero en forma alguna un gran amigo.

Le faltaba un año para cumplir los treinta, no estando descontento de la trayectoria de su existencia. Su máxima ambición ya estaba conseguida, cuando recibió su nombramiento de inspector.

Entró en un café próximo. El *barman* le sonrió, procediendo a servirle un café.

—¿Todo va bien, Tom?

—Muy aburrido. Esto es distinto, no sé si me acostumbraré.

—Nunca falta trabajo, por desgracia. Tú lo sabes muy bien, aún tienes más experiencia que yo.

—No lo sé, Sam. Eres casi uno de los nuestros.

Con un movimiento mecánico extrajo el paquete del bolsillo, poniéndose un cigarrillo en los labios. Lo encendió y aspiró una bocanada de humo.

Echó un terrón de azúcar en el café y lo movió con lentitud. Tomó un sorbo. Iba a dejar la taza cuando apareció en la puerta Cliff Benson. Dio la sensación de ser un torbellino al irrumpir en el local y llegar al lado de su superior.

—Una llamada urgente, Lawton.

—Ya voy. Tome el recado.

—Me han dicho que es muy importante. Debe ponerse usted al aparato.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el joven con tono resentido—. Toda la mañana sin hacer nada, y cuando me dispongo a tomar café vienen con prisa.

Terminó de beberse el café y dejó una moneda sobre el mostrador, despidiéndose de Sam con un amigable ademán.

—Vámonos, Benson.

—¿Se ha dado cuenta de cómo le he dado suerte?

—¡Hum!

Entró precipitadamente en su despacho y cogió el auricular.

—El inspector Lawton al habla.

Escuchó atentamente, desapareciendo la expresión malhumorada de su rostro. Había palidecido ostensiblemente. Cliff observaba con atención, viendo cómo sus labios temblaban.

—No es posible —musitó.

Siguió escuchando. Su rostro había adquirido un aspecto duro, pétreo. Sus labios estaban apretados con fuerza.

—De acuerdo, señor.

Y colgó.

—Vámonos, Benson. Tenemos trabajo y, al parecer, será muy duro.

El muchacho se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. No hizo ningún comentario, comprendiendo que la llamada había impresionado a su nuevo jefe.

Tom llegó a su viejo coche y subió en él precipitadamente. Cuando lo puso en marcha, Cliff ya estaba sentado a su lado, habiendo cerrado la portezuela.

No guió mucho rato, deteniendo el coche cerca de una cabina telefónica. Alrededor de esta se agrupaban varios curiosos, mantenidos a raya por dos agentes de policía.

Tom Lawton avanzó, siempre seguido por Cliff. Un policía le detuvo con un gesto, pero el joven le enseñó su credencial. El policía se inclinó ligeramente, pasando los dos jóvenes. Tres hombres se encontraban al lado de la cabina, cambiando Tom unas palabras con ellos.

Sus ojos estaban ajos en un cuerpo caído en el suelo de la cabina. El auricular se encontraba descolgado, la mano crispada del muerto parecía intentar cogerlo de nuevo, tras haberlo soltado al notar la rigidez de la muerte.

—Pobre Richard —musitó Tom.

Cliff Benson se estremeció, comprendiendo que la víctima era un amigo de su jefe.

Tom examinó el cadáver sin tocarlo. Se trataba de un hombre joven, no habiendo cumplido los treinta años. Vestía bastante bien. La expresión de su semblante no denotaba temor alguno, como si la muerte le hubiese

sorprendido de improviso. No sospechó la presencia de su asesino.

El proyectil penetró en su espalda, bastándole un vistazo para cerciorarse de ser mortal de necesidad. Cuando el desventurado Richard Brooks cayó al suelo, ya estaba muerto.

—Inspector Lawton —dijo un hombre alto y grueso—, me han informado que usted se hace cargo de este caso. Si en algo me necesita, estaré a su disposición.

—Se lo agradezco, inspector Baxter.

—Sé que era su amigo. Lo lamento.

Tom le estrechó la mano. El inspector Baxter se alejó.

—¿Han tomado fotografías? —preguntó el joven a un individuo de escasa estatura y aspecto socarrón.

—Sí, Tom.

Con rápidos movimientos, Tom examinó la cabina, registrando seguidamente el cadáver. Antes de hacerlo ya habíase cerciorado de habersele adelantado el asesino. Los bolsillos estaban en el mayor desorden. Dejó escapar una exclamación de desaliento, en un tono de voz tan tenue que Cliff apenas la oyó.

El novel agente se encontraba a su lado, siguiendo con interés sus movimientos. Quedó pensativo, teniendo la seguridad de haber recibido Tom Lawton un duro golpe.

—Nos podemos marchar, Benson. Nuestra presencia ya no es necesaria aquí.

—¿Me permite una objeción, Lawton?

—Sí, puede hacerla.

—El asesino disparó con la puerta abierta.

—Así es.

—La cabina es pública. No es necesario abrir la puerta para darse cuenta de que está ocupada.

Tom asintió con un movimiento de cabeza.

—La víctima no expresa desconfianza alguna en su rostro, y menos temor. No es posible que el asesino pudiese abrir la puerta sin ser oído.

—Eso es cierto.

—Tengo la seguridad de que la víctima no ignoraba la presencia de una persona tras él, no desconfiando.

—Una conjetura muy acertada, Benson. Yo no la habría hecho mejor.

El muchacho sonrió complacido por la respuesta de su jefe. Tom ya se encontraba cerca de su coche. Cliff se apresuró a colocarse a su lado. Tom musitó cómo si hablase consigo mismo:

—Sí, Benson. El asesino disparó a boca de jarro sobre el pobre Richard Brooks. Solo quisiera ponerle la mano encima... y lo conseguiré.

Y su mandíbula estaba apretada con furia, Cliff le miró con admiración, comprendiendo que su conjetura ya fue hecha por su jefe, antes de

formularla él.

—¿Richard Brooks era amigo suyo?

—Sí. Hasta hace unos días ocupó su puesto. Le encargaron una importante misión. Al parecer se hallaba muy adelantado en sus gestiones cuando le quitaron de en medio.

—Lo siento, Lawton. No pude suponer tal cosa.

—No haga caso, muchacho. Nos tocará trabajar de firme.

—Estoy a su disposición por completo. Nada me impedirá cumplir sus órdenes.

—A menos que le peguen un balazo como al pobre Richard —contestó Tom con amarga ironía.

El rostro de Cliff Benson no se inmutó.

—Desde luego, Lawton.

—Perdone. No he querido expresarme con tanta rudeza.

Antes de entrar en su despacho, Tom entró en el bar.

—Dos whiskies dobles, Sam —pidió al *barman*.

—¿Ha ocurrido algo grave, Tom? —preguntó Sam, dándose cuenta de la palidez de su rostro.

—Sí, han asesinado a Richard Brooks. Te lo digo a ti, sé que lo apreciabas. Se trata de un asunto secreto.

—¡Pobre muchacho! Hace unos días se encontraba aquí bebiendo y bromeando. Parece increíble.

—Por desgracia es verdad. Le dispararon por la espalda. Solo quisiera verme frente al asesino.

Tom solo se entretuvo el tiempo preciso para beber el *whisky* sin excesiva precipitación. Cliff fue a sacar un billete, pero la mano de Tom apretó con fuerza su muñeca.

—Cuando beba con su jefe, este paga. ¿Me ha entendido?

—Sí, Lawton.

El joven inspector dejó el dinero sobre el mostrador.

—Lo siento mucho, Tom —dijo Sam con triste acento.

—Lo sé. Por eso te lo he dicho.

Cuando estuvieron en el despacho de Tom, este empezó a pasear nerviosamente. Cliff habíase sentado, adoptando una postura correcta, como si no quisiera atraer la atención de su jefe.

Tom Lawton se fue tranquilizando, volviendo a ser dueño de sus nervios. Cliff le observaba, dándose cuenta de su dolor ante la pérdida de su amigo. Hasta no llegar a su despacho lo reprimió, bastándole pasear nerviosamente, sin preocuparse de ser visto. El inspector Lawton poseía una férrea voluntad.

Tom cogió el auricular y marcó un número. Pronunció unas palabras y volvió a colgar. Se dirigió a Cliff.

—Enseguida regresaré, muchacho. Voy a enterarme de cuál era la

misión encargada a Richard Brooks.

No le dio tiempo a responder, pues ya se encontraba junto a la puerta y salía.

Cliff encendió un cigarrillo y fumó con afán. Ahora, al verse solo, daba rienda suelta a su excitación. Lamentaba la —muerte de su compañero, y más al ser este tan amigo de su Jefe. Nunca pudo sospechar que las palabras pronunciadas poco antes en aquel mismo lugar iban a cumplirse con tanta rapidez.

Cuando le comunicaron su nuevo destino, apenas le fue posible contener una exclamación de alegría. Conocía las hazañas realizadas por el inspector Lawton, durante sus servicios como agente. Ya antes de ingresar en el cuerpo, lo eligió como patrón.

Tom Lawton volvió a entrar en el despacho. De forma inconsciente golpeó amistosamente la espalda del muchacho. Este reprimió una sonrisa de júbilo.

El joven se sentó frente a Cliff.

—Vamos a trabajar juntos, Cliff —dijo, llamándole por su nombre—. Voy a fiarme por completo en usted.

—Procuraré no defraudarle. Yo...

Tom le hizo callar con un expresivo gesto.

—No necesito ninguna manifestación de entusiasmo, muchacho. Yo también hice mis primeras gestiones y le comprendo. Si descubre algo mientras realiza un encargo mío, no intente actuar por su cuenta, siempre da un resultado contradictorio.

—Usted ha logrado grandes éxitos.

—Cuando ya tuve el aprendizaje hecho. Mi jefe confiaba por completo en mí. La suerte me acompañó, eso fue todo. Richard Brooks era un experto agente; no obstante, hoy lo han descubierto con un pedazo de plomo en el cuerpo.

—Le he comprendido muy bien. A pesar de tener experiencia, nunca debe uno confiarse, cuando se cumple un servicio.

—Sí, así debe hacerlo. Los criminales siempre están al acecho, un descuido es fatal.

Tom ofreció un cigarrillo a Cliff. Este lo aceptó, encendiéndolo.

—Richard fue encargado de descubrir a una peligrosa banda de traficantes de estupefacientes. Esta actúa en nuestra ciudad desde hace unos meses. Al parecer Richard ya tenía pruebas de la identidad de los principales miembros de esa banda. Pero a su vez estos le habían descubierto.

—Le he comprendido. Nosotros ahora debemos encontrar a esos asesinos y demostrar su culpabilidad.

—Exacto. Pero se trata de algo muy peligroso. Ya no volverá a venir aquí. Ya le indicaré el lugar donde nos encontraremos cada día, siempre

adoptando las mayores precauciones. A mí deben conocerme y sería peligroso vernos juntos.

Hizo una pausa, como si esperase una pregunta de Cliff. Este permaneció silencioso, como si esperara continuase hablando.

—En un bolsillo de Richard he encontrado esta caja de cerillas. Servirá para iniciar nuestras gestiones. Conocía muy bien a Richard. La forma como llevaba esta caja indica era un objeto muy valioso para él. Como si se tratase de una prueba de sus indagaciones.

Y colocó una caja de cerillas a medio consumir sobre la mesa. Cliff la contempló interesado. Se trataba de un obsequio muy corriente en algunos cabarets a sus clientes. Con vivos colores se veía un gran sombrero de copa, de brillantes reflejos. A un lado una atractiva mujer muy ligera de ropa, en artística actitud. En bellas letras se podía leer. “Sombrero de copa”.

—El nombre del cabaret —musitó Cliff.

—Sí. Es muy conocido, se halla en una de las principales avenidas de la ciudad. Lo conozco bastante bien y a la gente que lo frecuenta. Con esto, Richard ha tratado de hacernos comprender que en el “Sombrero de copa” se encuentra la clave del éxito.

—Es muy posible.

—Tengo la seguridad de no equivocarme. Por fortuna, el asesino no se fijó en esta caja de cerillas o no le dio importancia. Esto nos facilitará la tarea.

—Quizá no tuvo tiempo, debió registrarle apresurado, por temor a ser descubierto.

—Empezará a frecuentar ese local. No debe aparentar tener mucho dinero, al contrario, debe mostrarse deseoso de hallar en el “Sombrero de copa” un medio para prosperar. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente. No creo sea una misión difícil.

—Pues lo es. Un descuido y puede seguir el mismo camino que Richard Brooks.

—Si no existiera el riesgo en esta profesión, ya no resultaría atractiva.

Tom lanzó una rápida ojeada al rostro del muchacho, viéndole tranquilo, sin el menor alarde fanfarronería. Le causó admiración la sencillez como Cliff pronunció aquellas palabras, sin la menor sombra de jactancia.

—Vámonos, muchacho —dijo, levantándose—. Hoy le invito a comer.

—Creo haber encontrado un jefe muy rumboso —comentó Cliff, sonriendo, procurando ocultar la emoción producida por la inesperada invitación de Tom.

—No lo crea. Lo hago con el fin de charlar, y lamento desengañarle, pues comerá en la casa donde me hospedo.

—No me importa, continuó estándole agradecido.

CAPÍTULO II

Tom Lawton se alojaba en una amplia y cómoda habitación del piso de la señora Benedic. Su hijo Gilbert era antiguo alumno de Tom. Al quedarse este huérfano y, careciendo de familiares cercanos, fue acogido por la señora Benedic como otro hijo.

Gilbert ya estaba casado, continuando en él piso con su esposa, una joven muy afable. Tom siguió ocupando su habitación. Debido a estar muy ocupado, apenas daba molestias. Y aunque hubiese sido así, la señora Benedic las hubiera soportado muy gustosa. Quería a Tom de forma entrañable.

—Ya hemos llegado, Cliff.

—Su patrona no se enfadará por llevarle un inesperado invitado.

—De ninguna manera. A veces también invitaba a Richard.

—Siendo así...

Cada vez que Tom pronunciaba el nombre de su infortunado amigo, Cliff se daba cuenta de cuánto, afecto le profesó.

La señora Benedic acogió a Cliff con visible simpatía. Su nuera se apresuró a prepararle comida, sin denotar la menor contrariedad. Al contrario, las dos mujeres parecían encantadas con la presencia de un amigo de Tom, pues este no acostumbraba a llevarlos. Tan solo lo hizo con Richard Brooks.

Cliff se emocionó al enterarse. Esto demostraba haber causado buena impresión a su admirado ídolo, a pesar de su acre recibimiento. De no ser así, no le habría invitado a comer, y menos en la casa donde se alojaba. Tom fingía hacerlo para seguir conversando sobre sus planes, pero en realidad estos estaban ultimados, quedando tan solo puntualizar el lugar y hora donde se efectuarían las entrevistas diarias. Con haber hablado unos minutos más en el despacho de su jefe, habría quedado ultimado.

—Es una lástima que no pueda conocer a mi hijo, Cliff —se excusó la señora Benedic—. Le hubiera gustado estrecharle la mano; solo por el hecho de ser amigo de Tom, siempre será bien recibido en esta casa.

—Gracias, señora Benedic. Es usted muy amable.

Tom parecía cambiar estando en aquella casa. En su varonil semblante no aparecía el menor gesto de dureza, sonriendo con frecuencia.

—Tom ya debería haberse casado. Tiene la misma edad que mi hijo, y mi Gilbert ya lleva más de un año casado. No tardaré en ser abuela.

—Mi enhorabuena, señora.

—Ya ha visto, Cliff. Están deseando que me marche.

—No es eso, Tom. Tú lo sabes muy bien, solo deseamos tu felicidad.

—Mi empleo no es el más apropiado para casarse.

—¡Pamplinas! Todos tus superiores están casados, tengo la seguridad de ello.

—Cuando encuentre la mujer de mis sueños, ¿no se dice así, Victoria? me casaré.

La esposa de Gilbert Benedic sonrió comprensiva.

—Sí, Tom. Solo debes casarte cuando estés enamorado.

—Hay muchas chicas bonitas y buenas en San Francisco —refunfuñó la señora Benedic—. Pero Tom pretende no conocer ninguna.

Cliff sonreía divertido, viendo a su superior en apurada situación. Cuando la comida estuvo servida, los dos hombres se quedaron solos.

—No debe hacer caso, Cliff. Las mujeres suelen hablar mucho.

—Pero le aprecian de veras.

—Sí, para ellas soy como un hijo y un hermano. De no ser así, ya me habría cambiado de alojamiento cuando se casó Gilbert.

—Lo comprendo. Pero debería seguir su consejo y casarse.

Los ojos de Tom fulguraron de forma extraña, haciendo estremecer a Cliff. Su rostro se endureció y su voz fue seca y autoritaria:

—No le permito ninguna broma y menos referente a ese asunto.

—No ha sido una broma, Lawton, solo...

—¡Cállese, no siga hablando!

Y prosiguieron comiendo en silencio.

Cliff estaba arrepentido de haber hecho, aquella insinuación. Ahora Tom Lawton le trataba como al principio de conocerle, sin ninguna cordialidad. Al parecer la idea de contraer matrimonio no seducía al inspector Lawton.

Por fortuna, la aparición de la señora Benedic hizo cambiar la dura expresión del rostro de Tom, volviendo a sonreír.

Una vez tomaron café y fumaron un cigarrillo, Tom dio el total de instrucciones a su subordinado, insistiendo sobre los riesgos con que debería enfrentarse.

—Cada noche, a las diez en punto, le esperaré en el muelle, en el lugar donde atracan los barcos de carga. ¿Conoce el muelle?

Cliff le respondió con un movimiento afirmativo.

El inspector Lawton trazó un tosco plano en un papel señalando con una cruz un punto determinado.

—¿Se da cuenta de la situación, Cliff?

—Sí. Aquí siempre suelen haber grandes fardos.

—Exacto.

—En el caso de no poder acudir a la cita, telefonee a la señora Benedic. Es menos peligroso que marcar el número de la comisaría.

—Por si alguien me vigila...

—Sí. Richard Brooks contaba con una gran experiencia; no obstante, ha

sido sorprendido y eliminado por esos asesinos.

—Procuraré adoptar las mayores precauciones posibles.

—Y no le sobrarán.

Se puso en pie. Inesperadamente palmeó con afecto la poderosa espalda de Cliff.

—Mucho cuidado y le deseo suerte.

—Gracias, jefe.

Y Cliff se marchó, tras despedirse de la señora Benedic y Victoria.

—¿Tu nuevo ayudante, Tom?

El joven levantó la cabeza sorprendido. No había oído las pisadas de la buena mujer.

—Sí —respondió tratando de sonreír.

—Es muy joven.

—¡Bah, a su edad yo ya estaba considerado como un veterano!

—Tú eres excepcional. Tu carrera es formidable.

—Tan solo me he limitado a cumplir con mi deber.

—No, Tom. Has hecho algo más, te has dedicado en cuerpo y alma a tu profesión. Todos tus superiores están orgullosos de ti.

El joven no respondió. La señora Benedic le observaba con fijeza; le conocía muy bien, notando su preocupación.

—¿Qué te ocurre, Tom?

—Han asesinado a Richard —respondió Tom, apretando con furia los puños.

—Pobre Richard. Es horrible.

—No descansaré hasta haberle vengado.

★ ★ ★

A las diez en punto se reunió con Cliff en el lugar indicado. El novel agente lo encontró con facilidad, complaciendo a Tom. Pese a su aspecto corpulento y torpe, Cliff Benson era más inteligente de lo que aparentaba.

—¿Qué ha descubierto, Cliff?

—Absolutamente nada, Lawton. Tan solo he estado media hora en el “Sombrero de copa”. No había mucho ambiente. Ya volveré esta noche.

—Bien hecho. Yo también estaré allí. Ni una sola señal, el menor gesto de reconocimiento. Esos hombres son astutos y pueden descubrir su profesión. Están decididos a todo, ya lo han demostrado.

—Solo le conozco en este lugar, Lawton.

—Muy bien, Cliff.

Y se separaron. Tom vio alejarse al muchacho. Su figura impresionaba debido a su corpulencia. Era tan alto como él, pero su tórax amplio y poderoso le daba una semejanza con un luchador profesional.

Y era inteligente. Conforme lo trataba más se convencía. Al principio le causó la impresión de un joven alocado, ávido de luchas y aventuras.

Ahora ya no, le creía capaz de haber elegido aquella peligrosa profesión por amor a la justicia, siendo una ayuda para sus semejantes.

Encendió un cigarrillo, observando con atención a su alrededor. Resultaba muy difícil ser sorprendidos, pues el lugar elegido estaba situado en un extremo solitario del muelle. Allí se acostumbraba a depositar fardos de escasa importancia, no siendo frecuentado por la gente.

El muelle de San Francisco ya había dejado de ser un lugar tenebroso, donde se podía cometer casi impunemente toda clase de crímenes. Ahora estaba bien iluminado, siendo aquella zona la menos alumbrada, aunque distaba mucho de estar en tinieblas.

Además, a escasa distancia ya se encontraban calles concurridas, no siendo un lugar peligroso.

Sumido en sus pensamientos echó a andar. Conocía a muchos clientes del “Sombrero de copa”, siendo varios de ellos capaces de pertenecer a la peligrosa cuadrilla perseguida por Richard Brooks.

No quiso hacer conjetura alguna, pues todas ellas podían ser barridas ante los acontecimientos. Prefería realizar sus gestiones sobre la realidad.

Él se presentaría a pecho descubierto, atrayéndose la atención de sus enemigos. Estos le conocían sobradamente y cuando le viesan más de una vez en el lujoso cabaret, estarían prevenidos. Probablemente le prepararían una celada para quitarle de en medio. Aunque esto sería muy peligroso para ellos. La muerte de un agente del servicio secreto ya constituía un riesgo muy grande. Si a los pocos días aparecía el cadáver de un inspector, la situación sería muy comprometida.

Deberían actuar con gran habilidad para quitarle de en medio, dándole un cariz casual.

No le importaba correr aquel riesgo, de esta forma ayudaría a Cliff a introducirse en la cuadrilla. Preocupados por su presencia, apenas se fijarían en los movimientos del muchacho.

Montó en su viejo coche. A pesar de la desastrada presencia de este, su motor estaba bien cuidado, siendo capaz de desarrollar una gran velocidad.

Se detuvo cerca del “Sombrero de copa”. Descendió y se aseguró de llevar su revólver en condiciones, siendo probable tener necesidad de utilizarlo.

Tan pronto estuvo dentro del cabaret, notó furtivas e inquisitivas miradas sobre él. Le reconocieron en el acto, notando algunos movimientos de sorpresa en algunos individuos. Estos sabían perfectamente que aquel lugar no pertenecía a su Jurisdicción.

Algunos rufianes procuraban pasar inadvertidos, temiendo ver fija en ellos la mirada del inspector Lawton. Apenas pudo contener una burlona sonrisa, muchos de estos individuos fueron detenidos por él, pasando una temporada en la cárcel, maldiciendo su nombre.

Se acodó en la barra. El *barman* se limitó a dirigirle una rápida mirada, su rostro permaneció impassible, como si no le hubiese reconocido. Y Tom estaba convencido de lo contrario. Aquel hombre fue atrapado por él cuando se disponía a disparar una pistola contra un agente, tratando de huir de una redada.

—Un *whisky*.

La mano que vertió el licor en el vaso estaba firme, como cuando cogió el billete dejado por él. Tenía un excelente dominio sobre sus nervios. Le reconoció en cuanto le vio, pues su fisonomía no se borraría nunca de su mente.

Se humedeció los labios con el licor, no siendo mala su calidad. Bebió un sorbo y oyó una voz afectuosa a su lado.

—¿Si es usted, Lawton! Hacía tiempo no le veía.

Se volvió con lentitud, viendo a su lado a un hombre alto y delgado. Vestía con elegancia un magnífico terno oscuro. Su rostro era alargado y sus facciones correctas. No obstante, su ojo izquierdo era algo más pequeño y miraba ligeramente desviado. Sus escasos cabellos estaban cuidadosamente peinados. Aún no habría cumplido los treinta y cinco años.

—¡Ah, es usted, Beaumont! —exclamó como si estuviese sorprendido.

—¿De veras no esperaba verme aquí?

—No. ¿Por qué debía encontrarle en este cabaret?

—Ya llevo más de un año trabajando para Carl Burman.

—Burman es una excelente persona, nunca me he preocupado de él. Menos voy a hacerlo de sus empleados.

—Ya saldé mi cuenta con la justicia, ahora vivo dentro de la ley. No me gustó estar dos años en chirona, resulta muy desagradable.

—Y más para un hombre tan elegante como usted, ¿no?

Jack Beaumont pareció no darse cuenta de la ironía encerrada en la contestación del joven y asintió con la cabeza.

—Así es. Se debe tratar a individuos de todas las calañas y comer bazofia.

—En la cárcel no se da mal de comer, Beaumont.

—Lejos de mi ánimo echar nada en cara al Gobierno, pero por bien condimentada que esté la comida, siempre es rancho.

—Es usted un sibarita.

—Sí, siempre me he preciado de tener buen paladar.

—Esto está muy animado. Le van bien los negocios a Burman, ¿eh?

—Sí, no puede quejarse. Aún vendrá más gente, tenemos atracciones de alta categoría.

—No lo dudo. Ustedes saben hacer bien las cosas.

—¿Me permite felicitarle, Lawton?

—¿Por qué ha de felicitarle? —inquirió Tom, fingiendo sorprenderse.

—Por su ascenso. Me enteré de que ahora debemos llamarle inspector Lawton.

—Sí, mis jefes han sido muy bondadosos al recomendarme para ese ascenso.

—Es usted muy modesto. Vale mucho, lo sé por propia experiencia.

—¿Me guarda rencor por aquello?

—No, de ninguna manera. Se limitó a cumplir con su deber. Además, me sirvió de enseñanza.

—Me alegro de ello, Beaumont.

—¿Ha pagado usted?

—Sí.

—No debía haberlo hecho. Su visita me ha sido muy grata.

—No estoy de servicio. De vez en cuando me gusta dar una vuelta y volver a ver a antiguos conocidos. Estoy viendo a varios.

Por vez primera la sonrisa de Beaumont se crispó, pareciendo perder la confianza en sí mismo. Solo fue un instante, hizo un amistoso ademán y se alejó.

Continuó indiferente, sin seguirle con la mirada, sabiendo que el *barman* estaba pendiente de todos sus movimientos.

El local se hallaba muy animado, estando casi todas las mesas ocupadas. Como aún era temprano, probablemente no quedaría ninguna libre. No exageró al decir a Beaumont que veía a muchos conocidos. A varios de ellos ya esperaba verlos, a otros, no.

Vio a un individuo de aspecto brutal. Alto y muy fornido, su aspecto era amenazador, que no paliaba el llevar un correcto traje y procurar sonreír. De toda su persona se desprendía la brutalidad.

Se acordaba perfectamente de él cuando boxeaba. Era un peso fuerte de brillante porvenir, viendo muchos en él al futuro campeón mundial. Pegaba con demoledora potencia y encajaba bien los golpes, pero no llegó a pasar de ser un segunda serie.

Esto se debió a su escasa inteligencia, pues lo fiaba todo a sus poderosas facultades. Además, tenía poca agilidad y esto no le permitió zafarse de los golpes. Cuando empezó a enfrentarse con buenos púgiles, recibió mucho castigo. Ya perdió algunos combates, no tardando en llegar el primer fuera de combate. Y a este siguieron bastantes más.

Y Stanley Moyer fue considerado como un paquete, cuya aparición en el *ring* prometía verle caer para escuchar la cuenta fatídica.

Al darse cuenta de su estado. Moyer accedió a ejercer de guardaespaldas. Y de esta forma quedó convertido en un malhechor más de la gran ciudad.

Tom le había visto combatir en varias ocasiones, sobre todo en su primera y brillante etapa. Nunca le gustó, pues en la segunda ocasión ya advirtió su falta de técnica y en estas condiciones no podía llegar muy

lejos. Pero lo que más le desagradaba a Tom de Stanley Moyer, era sus malos ardides, pues no vacilaba en golpear a sus adversarios de cualquier forma. Y cuando estos se encontraban a su merced, no tenía piedad alguna, ensañándose con ellos.

Al parecer, ahora Stanley Moyer se encontraba a sueldo de Carl Burman. Lo encontraba lógico, pues Burman, a pesar de su aspecto apacible y atento, era un ser sin conciencia.

Entonces fue cuando vio a Cliff. El muchacho se encontraba en un lugar apartado, fumaba descuidadamente, pareciendo abstraído en cuanto le rodeaba. De no haberle conocido, le habría calificado como a un rufián. Su aspecto así lo denotaba.

El muchacho era inteligente, pues algunos detalles en su indumentaria producía esta impresión, sin exagerar la nota. En aquel momento se le acercó un individuo de repelente aspecto, hablándole cordialmente.

Cliff se limitaba a contestar con movimientos de cabeza y algunos monosílabos, aunque sin mucho entusiasmo. El otro procuraba persuadirle. Después llegaron a la barra, quedándose a escasa distancia de él.

Ni una sola vez le miró Cliff. Cuando su mirada pasó sobre él, lo hizo con total indiferencia, sin detenerse un solo instante. El muchacho valía, siendo capaz de conseguir su propósito.

Las mesas ya estaban ocupadas por completo. Algunas parejas ya se deslizaban por la pequeña pista, siguiendo el ritmo de una suave melodía. La orquesta era buena y durante unos segundos permaneció subyugado por el influjo de la música.

Y entonces vio a la joven.

Inmediatamente su atención quedó concentrada en ella. Era alta y esbelta, su busto firme y juvenil, quedaba realzado por su flexible talle. Su peinado era sencillo, dejando al descubierto su semblante. Sus facciones no eran perfectas, pero resultaba un conjunto atractivo, y más al destacarse de ellos unos ojos grandes, negros y expresivos.

En aquel momento reía, mostrando unos dientes blancos e iguales.

Tom movió la cabeza, tratando de librarse de aquel influjo que se apoderaba de él. De ninguna manera debía dejarse atraer por los encantos de una muchacha bonita. Toda su atención debía estar supeditada a cuanto ocurriese en la sala.

Sí, su presencia se debía al hecho de ayudar a Cliff Benson a realizar algunas averiguaciones, con el fin de hallar a los asesinos de Richard Brooks, y con ello a la destrucción de la peligrosa cuadrilla de malhechores.

Da mesa donde se encontraba la linda joven se hallaba cerca de la pista. Estaba acompañada por cinco personas, tres hombres y dos mujeres, es decir, eran tres parejas.

La mirada de Tom se fijó en el acompañante de la muchacha. Se trataba

de un joven alto y espigado. Vestía con elegancia y sus gestos eran negligentes: Daba la impresión de estar muy seguro de sí mismo.

Tom sonrió con desprecio. Era un individuo cuyo padre había logrado reunir una importante fortuna. Tener dinero en el bolsillo lo consideraba una cosa natural, creyéndose un personaje, cuando en realidad se trataba de un pobre iluso.

Hablaba quedo al oído de la joven, y esta reía. Al parecer se trataba de un asiduo concurrente al “Sombrero de copa”. Lo comprendió por sus gestos y saludos a otras personas.

De súbito se vio asaltado por una absurda idea. Trató de rechazarla indignado, no siéndole posible. La música había cesado; cuando volvió a oírse, se encontró andando hacia la mesa ocupada por la muchacha.

CAPÍTULO III

Se inclinó ligeramente al decir:

—¿Me permite este baile, señorita?

Y vio muy cerca aquel lindo semblante. Los grandes ojos negros parpadearon sorprendidos.

—Voy acompañada, señor.

Tom, sin perder la calma, se dirigió al alto y espigado joven.

—¿Tiene usted inconveniente?

—No, no —respondió este sin lograr reaccionar ante la audacia de Tom.

—Ya lo ha oído usted, señorita.

Ella se levantó, no tardando en encontrarse en la pista. Tom le rodeó el estrecho talle con su brazo, apretándola con suavidad contra sí. Y durante unos segundos bailaron sin pronunciar una palabra.

—No la había visto nunca, ¿verdad, señorita?

Los ojos negros se clavaron en su rostro interrogadores.

—No, no lo creo.

—Yo tengo la seguridad, nunca hubiese podido olvidarla.

Notó cómo vibraba entre sus brazos, mirándole con dureza.

—Se está usted excediendo, señor. Es usted muy atrevido.

—¿Yo atrevido? ¿Por qué?

—Haga el favor de acompañarme a mí mesa.

—¿Tan mal bailo?

—No.

—Entonces, ¿por qué he de acompañarla? Todavía está sonando la música.

—La estoy oyendo, no soy sorda —replicó la muchacha exasperada.

—Perdóneme. Si mi comportamiento no es correcto se debe al influjo de su belleza.

Ahora ella le miraba Con los ojos entornados.

—¿Se está burlando de mí?

—¡Dios me libre de ello! —exclamó Tora, sonriendo. El mismo estaba sorprendido de su absurdo proceder—. ¿Trabaja usted aquí?

—Sí.

—¿Canta?

—Sí.

—Una verdadera lástima, este no es un lugar apropiado para usted.

—Soy una artista y estoy contratada en el “Sombrero de copa” —replicó airada—. No me importa si a usted no le gusta.

—Quizá tenga razón.

—No lo dude, es usted un entremetido.

Como contestación, Tom la estrechó con más fuerza contra su pecho. Ella trató de rebelarse, pero el potente brazo masculino lo evitó.

Fue a hablar indignada, cuando se extinguió la música.

—Ahora la acompañaré a su mesa —dijo el joven, burlón.

—Es usted odioso.

—Deploro haberle causado esa impresión.

Florence Hume ya no respondió, pues se encontraba junto a su acompañante. Tom se inclinó ligeramente.

—Señorita, ha sido un placer.

Y se alejó.

Oyó cómo el acompañante de la joven mascullaba:

—Es un insolente. Ya le ajustaré las cuentas.

Fue a volverse y responder de forma adecuada, pero, no lo hizo. Demasiadas tonterías acababa de cometer. Todavía no acababa de creer cómo se dejó dominar por aquel repentino impulso. Sin embargo, no estaba arrepentido de su alocada conducta, pareciéndole que tenía aún entre sus brazos el adorable cuerpo de la joven.

Se hubiera interesado vivamente de haber visto cómo Leo Kelsey, el espigado acompañante de Florence, hacía una significativa seña a Stanley Moyer.

El ex boxeador se acercó servilmente. Kelsey le puso varios billetes en la mano, mientras decía:

—Moyer, aquel individuo se ha portado de una forma insolente, debe llevar su merecido.

—Yo me encargaré de ello, Kelsey.

Florence protestó:

—No debes hacer eso, Leo.

—¡Bah, no tiene importancia! Unos cuantos golpes le enseñarán a portarse con más cuidado.

Ella calló, pero en su mirada se advirtió la decepción. Consideraba una cobardía pagar a un hombre por propinar una paliza a un desconocido. Aunque este se hubiera portado de una forma tan atrevida.

Sin embargo, el desconocido no se portó con incorrección, salvo el apretarla excesivamente contra sí. No, el joven no le fue desagradable. Su rostro era atractivo, teniendo una expresión firme y decidida.

Empezó la actuación de los artistas. Florence se despidió de su acompañante, pues no tardaría en tocarle el turno de actuar.

En la pista fue recibida con una salva de aplausos. La joven los agradeció con una graciosa inclinación y empezó a cantar. Su voz era potente y bien timbrada, apoderándose inmediatamente de la atención del auditorio.

Florence miró varias veces hacia la barra, donde se encontraba Tom. Se

trataba de algo superior a su voluntad, sintiéndose atraída por el apuesto desconocido.

Temía por él. Dentro de poco sería atacado por la formidable mole de Stanley Moyer. Ella conocía muy bien la ferocidad del ex boxeador, pues hacía unas noches golpeó bárbaramente a un desdichado, no cesando su castigo hasta verle inerte en el suelo.

A pesar de su audaz conducta, el desconocido no era merecedor de un castigo semejante. Este pensamiento la atormentó durante su actuación, estremeciéndose ante la perspectiva de verle con la cara destrozada por los demoledores puñetazos de Moyer.

Ahora sentía un profundo aborrecimiento por Leo Kelsey. A pesar de aceptarle como acompañante desde hacía una semana, debido a su incansable solicitud, nunca sintió la menor simpatía por el elegante joven. En aquel instante lo aborrecía, debiéndose al hecho de haberle oído dar la orden a Moyer con tanta frialdad.

Se trataba de una cobardía ordenar propinar una paliza a un hombre.

Cuando terminó su actuación, agradeció los aplausos de los espectadores. Se retiró, teniendo la decisión de avisar al desconocido del peligro que le amenazaba, induciéndole a marcharse cuanto antes del “Sombrero de copa”.

Resultaba difícil sin llamar la atención. Podía enviarle una nota, pero las palabras escritas suelen ser peligrosas. Se decidió por la solución que creyó más fácil.

Se acercó a una vendedora de flores, bombones y tabaco.

—Alice, ¿puedes hacerme un favor?

—Desde luego, Florence.

—Acércate a aquel hombre que está en la barra, el quinto a la derecha.

¿Me has entendido?

—¿Ese tan alto, rubio y muy guapo?

—Sí —asintió Florence, enrojeciendo ligeramente.

—¿Qué le digo? —preguntó Alice al verla indecisa.

—Que se acerque a una columna, me debe esperar y le hablaré.

—¿Tan solo eso? —preguntó la linda muchacha decepcionada.

—Nada más, Alice. Te lo agradezco mucho y no se trata de lo que imaginas.

—No he imaginado nada.

—¡Embustera! Lo he visto en tus ojos.

Alice se alejó. La falda era muy corta, dejando al descubierto casi la totalidad de sus esbeltas piernas, enfundadas en medias negras. Florence la vio alejarse con tristeza. Aquella muchacha llegó a San Francisco llena de ilusiones, ansiando cantar y alcanzar la fama. Tan solo consiguió aquel humilde empleo, siendo lo más probable descendiese por el tobogán de la perdición.

Una incontenible congoja se apoderó de ella. Tuvo más suerte, aunque no mucha más, siendo probable que su camino siguiese la misma trayectoria.

Recordó las palabras del desconocido. Aquel lugar no debía ser frecuentado por ella. De ninguna manera quería ser la amante de un individuo parecido a Leo Kelsey. Odiaba a aquellos jóvenes, cuyo único mérito consistía en tener un padre millonario.

Vio cómo Alice pronunciaba unas palabras, creyendo advertir a través de la distancia un gesto de perplejidad en el joven. Le vio coger un paquete de tabaco y dar un billete a Alice.



ESUR/40- 63.

—¡Es usted un insolente!

En efecto, Tom quedó sorprendido al recibir el inesperado mensaje. No obstante, su reacción fue inmediata, actuando con sencillez. No comprendía el motivo por el cual Florence deseaba hablarle. Distintas emociones chocaron en su interior, tan pronto se alegraba, como se entristecía.

Florence había quedado impresionada por él y deseaba volver a hablarle. Esto halagaba su vanidad masculina, aunque lo lamentaba por ser la muchacha una mujer fácil, habiéndola conquistado por su apostura y audacia.

Dejó pasar un par de minutos y se acercó a una columna. Estaba apesadumbrado, pese a la suerte tenida. La oyó cantar y la admiró, pues poseía cualidades para triunfar.

La vio avanzar hacia él, admirándola de nuevo. No era bella, pero de su rostro se desprendía un encanto singular, sintiéndose dominado por él. Florence se detuvo a su lado.

—¿Desea usted hablarme, Florence? —preguntó Tom en voz baja.

—Sí, he venido a prevenirle, un grave peligro le amenaza.

—¿A mí? —inquirió el joven con incredulidad.

—Sí, márchese cuanto antes; de lo contrario le golpearán.

—¿Quién va a pegarme?

—Me hace usted hablar demasiado —respondió la muchacha angustiada.

—No me iré.

—Hágalo. Aquel empleado tan alto será quien le pegue.

—¿Moyer?

—Sí, es muy fuerte. Le dejará destrozado.

—Eso ya lo veremos, Florence. Le agradezco su aviso y su interés por mí.

—Usted no me interesa en absoluto —replicó ella irguiéndose—. Es usted un insolente.

—Y usted un encanto.

Florence se alejó furiosa. Su aviso no fue escuchado por el desconocido, y este hallaría el merecido castigo por su testarudez. Debió hacerle caso y salir inmediatamente del cabaret, evitando un encuentro con Stanley Moyer.

Sin embargo, se alegraba de la firme respuesta del joven. Esto indicaba que poseía una gran seguridad en sí mismo, pues sus contestaciones fueron hechas con sencillez, sin la menor jactancia.

Ella había intentado ayudarle. No le hizo caso, debería afrontar las consecuencias, no siendo muy agradables para él.

Se le ocurrió una idea y frunció el ceño. Quizá no la creyó, recelando que su intención era asustarle. De ser así, sería sorprendido por Moyer,

dándose cuenta de su error cuando los enormes puños del corpulento guardaespaldas cayesen sobre su rostro y cuerpo.

Había hecho cuanto estuvo a su alcance para avisarle. Allá el desconocido con el resultado de la inminente pelea. Y esta se desarrollaría de improviso, pues Moyer, pese a su potencia, la iniciaría por sorpresa. Así le vio actuar hacía unas noches.

Tom dejó escapar un suspiro de alivio. Se equivocó al enjuiciar a Florence Hume, pues se trataba de una buena chica. Probablemente su despechado acompañante dio la orden a Moyer para propinarle una severa corrección. Este no le conocía y aceptó, con la seguridad de ganar algunos billetes con facilidad.

No temía a Moyer, creyéndose capaz de vencerle. Conocía su punto flaco y hacia él dirigía sus golpes. Pero su aborrecimiento se encaminaba hacia Leo Kelsey. Aquel atildado señorito pagaría su ruin proceder.

No le disgustaba un escándalo pues este le permitiría intervenir entre el personal del cabaret, pudiendo iniciar sus gestiones. Esto facilitaría la labor de Cliff. Entre los dos quizá lograsen descubrir a los asesinos de Richard Brooks, cumpliendo al mismo tiempo la misión que le fue encomendada.

Cliff se hallaba apoyado en la barra. Había seguido los movimientos de su jefe, quedándose sorprendido al ver su audacia al invitar a bailar a una joven. Un inspector del Servicio Secreto no podía proceder de forma tan absurda.

Admiró a Florence durante su actuación, alabando el buen gusto de Tom Lawton. Aunque continuare teniendo la misma impresión de este. Su jefe cometió una gran torpeza. Ahora acababa de verle hablar con Florence, pudiendo observar cómo ambos trataban de disimular.

¿Qué diablos se llevaba Tom Lawton entre manos?

Cliff sentíase dominado por la curiosidad, aunque su aspecto exteriorizaba una indiferencia absoluta. Había tenido suerte, pues entabló relación con un pistolero, el cual se hallaba a las órdenes de Carl Burman, dueño del “Sombrero de copa”.

Le explicó una historia vulgar, asegurándole que se hallaba en una difícil situación, pues el dinero no abundaba en sus bolsillos. El pistolero llegó a su lado, sonriendo con expresión divertida.

—Has tenido suerte, muchacho. ¿Te gustaría trabajar para Burman?

—Si el trabajo no es ingrato y paga bien...

Dejó la frase sin terminar, empleando un tono significativo.

—De no ser así, no trabajaría para él. Te recomendaré a Jack Beaumont; probablemente te aceptará.

—Te lo agradezco, Weaver.

—¡Bah, por un amigo se hace un favor! —exclamó el pistolero golpeando a Cliff en el hombro.

Cliff miró de forma escrutadora a su interlocutor, como si tratase de adivinar sus verdaderas intenciones. Apenas hacía dos horas que le conocía, tratándole como a un amigo íntimo. Esto podía ser una trampa, habiendo adivinado su verdadera identidad. Weaver habíase separado de su lado varias veces, pudiendo haber recibido instrucciones para tenderle una celada.

No lo creía. La expresión de Weaver era sincera. No creía al pistolero capaz de fingir con tanta perfección. No obstante, se mantenía en guardia, evitando encontrarse en un callejón sin salida.

Aunque no le quedaba elección, pues debía aceptar la proposición de Weaver. El riesgo no tenía importancia para un agente secreto, siendo su finalidad el descubrimiento de los criminales.

Weaver amplió su sonrisa.

—Esta noche nos divertiremos. Aquel tipo tan formidable se llama Stanley Moyer. Estuvo en un tris de ser campeón mundial.

Cliff fijó sus ojos en la poderosa mole de Moyer. Se trataba de un temible adversario. Él no le temía, pues sus condiciones físicas no desmerecían de las del ex boxeador.

—¿Qué te parece? —preguntó Weaver con malicioso acento—. ¿Te atreverías a enfrentarte con él?

—No le temo —respondió Cliff con tono petulante, mientras hinchaba su amplio tórax.

—Tú también eres fuerte —asintió el pistolero con admiración—, pero eres más joven e inexperto. Moyer te vencería con facilidad, le he visto proponer terribles palizas.

—Eso ya lo veríamos —dijo Cliff con obstinación.

—Es preferible que estés en buenas relaciones con él, no se te ocurra desafiarle. Es la mano derecha de Beaumont.

—Siendo así, es distinto.

—Has hablado muy bien, Cliff. Tienes buen carácter y prosperarás entre nosotros.

—Solo me interesa eso.

—Cómo te estaba diciendo, esta noche nos vamos a divertir. Podrás ver a Moyer en acción, ya tiene una víctima escogida.

Cliff contuvo su indignación. Weaver ya se regocijaba ante el espectáculo de ver a Stanley Moyer en acción, golpeando sin piedad a una víctima propiciatoria. No dejó traslucir su repugnancia y preguntó con indiferencia:

—¿Quién es ese desdichado?

—Lo tenemos muy cerca. Es ese individuo del traje gris.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del muchacho cuando vio cómo Weaver señalaba con disimulo a Tom Lawton.

—¿Y por qué va a pegarle?

—Al parecer es un entremetido y alguien ha pagado a Moyer para que le dé una lección.

—Parece fuerte.

—¡Bah, un simple pasatiempo para Moyer! No le pegará muy fuerte al principio. Se limitará a atontarle de esta forma podrá golpearle más rato y destrozarle la cara. Cuando lo deje noqueado, a ese individuo no lo reconocerá ni su propia madre.

La angustia oprimió la garganta de Cliff. Se encontraba en una situación difícil, no sabiendo cómo resolverla. Su instinto le empujaba a avisar a Tom en la primera oportunidad; de esta forma estaría prevenido para hacer frente al terrible peligro que le esperaba.

Pero su sentido común le aconsejaba permaneciera quieto. Tom Lawton le había indicado de forma precisa que por ningún motivo debía acercarse a él y hablarle. Él debía cumplir con su deber.

Lo lamentaba, pero debía dejar a su jefe a su suerte. Este debería contar con sus innumerables recursos para hacer frente a los acontecimientos.

—Ahora veré combatir a Moyer.

—No, solo le verás pegar. Ese tipo no es contrincante para él. Al primer puñetazo ya lo dejará dormido de pie. Sabe pegar y lo aprovecha bien.

—¿Tardará mucho esa pelea?

—Cuando ese individuo trate de marcharse, ya se encontrará bajo vigilancia.

—Buena organización, ¿eh?

—Sí, muchacho. Aquí se hacen bien las cosas. Podrás disponer de muchos billetes. ¿Otra copa?

—Te la acepto. Cuando tenga dinero en abundancia, ya te invitaré.

—No te preocupes, eso no tiene importancia.

Llamó la atención del *barman* y con una señal le pidió dos whiskies dobles.

—Para que seamos compañeros, Cliff —brindó levantando el vaso.

—Y que sea lo antes posible —asintió el muchacho sonriendo.

Los dos bebieron. Weaver, un buen trago, casi la mitad del contenido del vaso. Cliff, bastante menos, se trataba del segundo doble aquella noche y no le gustaba abusar del alcohol.

—No lo dudes. Tengo mucha influencia con Beaumont.

Y se limpió los labios con el dorso de la mano.

Cliff lo intentaba, pero no podía controlar sus pensamientos. Las palabras de Weaver lo intranquilizaron, pues Tom no tardaría en ser severamente vapuleado por Moyer.

Se encogió de hombros, completamente desorientado. El debería cumplir las órdenes recibidas. Por ser su primer día de servicio a las órdenes de Tom Lawton, iba a ser muy ajetreado.

Esto ya lo esperaba, es decir, tener un trabajo atractivo y arriesgado,

aunque no de una forma tan rápida.

Con un gesto indiferente se palpó la pistola, pues no sería improbable usarla. El contacto con el arma le devolvió la tranquilidad, poseyendo, además, una gran confianza en sus puños.

CAPÍTULO IV

El tiempo fue transcurriendo con lentitud para Tom.

Apenas se apartó de la barra, no siendo fácil ser provocado en aquel lugar por Moyer. Jack Beaumont debía ignorar las intenciones de su hombre de confianza, pues de saberlo no le habría dado su consentimiento.

Era peligroso golpear a un inspector del Servicio Secreto. Al hacerlo se arriesgaban a ser objeto de un registro a fondo y esto en forma alguna les convendría. Y más si resultaban ciertas sus sospechas, estando metidos en aquel asunto de estupefacientes.

Esto le convenía en gran manera, pues le permitiría actuar con energía, sembrando la desmoralización entre los forajidos. Sabía cómo tratar a aquella clase de individuos, obteniendo el máximo provecho de sus reacciones.

Sorprendió varias veces la mirada de Florence fija en él, pero inmediatamente la joven se apresuraba a apartarla. Jamás habíase sentido tan atraído por una mujer, y al parecer era correspondido.

Los clientes ya empezaban a marcharse. Algunas parejas bailaban en la pista, aunque sin mucho ánimo. Los músicos esperaban dar por terminado el espectáculo, envolviendo sus instrumentos y retirándose a descansar.

Tom se dispuso a salir. Lo hizo aprovechando un momento en que la puerta estaba solitaria. Con esto trataba de facilitar los movimientos de Stanley Moyer.

No había visto a Carl Burman, siendo esto muy extraño para él. Burman no acostumbraba a faltar ninguna noche, gustándole seguir la marcha de su negocio. Aunque esta ausencia podía estar justificada por una preocupación mayor.

Llegó a la calle. Inmediatamente una gigantesca sombra se proyectó sobre él. Su aspecto resultaba amenazador. Tom no se inmutó, volviéndose hacia su izquierda.

Stanley Moyer se encontraba a escasa distancia. Sus pequeñas ojos le miraban amenazadores, mientras una siniestra sonrisa aparecía en su boca.

—Le estaba esperando, amigo.

—¿A mí? —preguntó Tom, fingiendo sorpresa.

Algunos hombres más aparecieron. Enseguida notó que no era su intención agredirle, tan solo deseaban ser espectadores de su pelea con Moyer. Todos tenían la seguridad de verle caer abatido bajo los potentes golpes del gigantón. Eran cuatro y quedó sorprendido al reconocer a Cliff en uno de ellos.

Esto significaba haber realizado el agente grandes progresos en aquellas

horas. Buen muchacho e inteligente.

—Sí, se ha portado de forma muy grosera. Voy a darle una lección de educación.

Tom se echó a reír.

—¿Y se ha buscado la ayuda de todos esos, grandullón?

Su inesperada contestación dejó desconcertado a Moyer. Reaccionó y masculló furioso:

—Yo solo voy a destrozarle. No necesito la ayuda de nadie para hacerlo.

Lanzó una rápida ojeada a aquellos individuos, cerciorándose ser cierto lo afirmado por Moyer. Todos ellos permanecían en actitud indolente, como si fuesen a presenciar algo previsto. Vio a Cliff. El muchacho le dirigió una mirada animosa.

Acababa de tener la certeza de la valía de su nuevo auxiliar. El deseaba acudir en su ayuda, pero se contenía, obedeciendo sus instrucciones. Excelente chico, Cliff.

Se encontraban en un lugar algo alejado de la puerta del “Sombrero de copa”. Moyer sabía preparar bien el escenario de sus peleas, evitando fuesen estas interrumpidas. A Tom no le importaba, por eso se dejó sorprender allí.

Pese a estar atento a los movimientos de Moyer, estuvo en un tris de ser sorprendido por la marrullería del ex boxeador. Moyer hizo un ademán, como si se dirigiese a su amigo, y con toda la rapidez con que era capaz, proyectó su puño derecho con potencia. El golpe pasó rozando la mejilla del joven.

La sangre hirvió en las venas de Tom, viendo la alevosía de su adversario. Se precipitó contra él, golpeándole con ambas manos. Moyer se tambaleó, sorprendido por la rapidez del joven, pero reaccionó y pegó con potencia.

Tom fue alcanzado en una ceja. Sintió un terrible dolor, mientras Moyer dejaba escapar un grito de triunfo. Creía tener el triunfo asegurado, tras haber pasado unos segundos de desconcierto ante la rapidez de su presunta víctima.

No deseaba darle tregua, golpeándole con dureza hasta dejarle convertido en un guñapo.

Cuando volvió a golpear, ya no encontró el cuerpo de Tom. Este se recobró de la dureza del puñetazo recibido en la ceja, apresurándose a retroceder, evitando la brutal acometida de Moyer.

Se dio perfecta cuenta del error cometido. De ninguna manera debió lanzarse a aquella abierta ofensiva, pues se expuso a recibir un potente puñetazo, como así ocurrió. El golpe de Stanley Moyer continuaba siendo poderoso. Para vencerle debía emplear mayor velocidad, castigándole su punto flaco: el estómago.

La izquierda de Moyer pasó sobre su cabeza al agacharse. Sus dos puños

golpearon el estómago de Moyer, obligándola a lanzar un gemido.

Cliff estuvo a punto de brincar de entusiasmo, ante la formidable forma de luchar de su jefe, pero se contuvo. En los rostros de sus nuevos compañeros se reflejaba el asombro. Moyer ya debería estar castigando de forma demoledora a su víctima, teniéndola medio destrozada. Y no era así, al contrario, se encontraba en peligro.

En el colmo de la exasperación, Moyer lanzó su derecha. Su intento fue hecho en vano, dando en el vacío y perdiendo el equilibrio. Apoyó las dos manos en el suelo jadeando, no pudo evitarlo y cerró los ojos con temor, para no ver llegar el puño del joven.

Oyó la voz burlona de Tom:

—No se levante, Moyer. A un boxeador no se le pega si toca la lona... Si usted respeta el reglamento.

Todos quedaron sorprendidos al saber que la presunta víctima conocía el nombre de Moyer. Este se incorporó y apretó los puños con furia, mientras mascullaba:

—¿Conoce mi nombre?

—Le he visto boxear en varias ocasiones. Le voy a poner otra vez fuera de combate.

—¿A mí, mequetrefe?

Y enloquecido por la furia se lanzó sobre Tom, pegando con ambas manos. Una precisa izquierda del joven le alcanzó de lleno en el rostro, deteniéndole en seco. La derecha del joven golpeó con sequedad su estómago. Sus piernas se doblaron, cuando su barbilla fue alcanzada limpiamente dos veces, rodando por el suelo.

Un murmullo de asombro brotó de los labios de los espectadores. Ninguno de ellos podía creer lo que estaban viendo sus atónitos ojos, Moyer se encontraba en el suelo.

El ex boxeador logró ponerse de rodillas tras un prodigioso esfuerzo. En sus oídos notaba un zumbido molestó y familiar; estaba seriamente tocado.

Su amor propio se impuso. En forma alguna podía dejarse vencer por un cualquiera ante sus compañeros. Un velo rojizo empañaba su mirada. A través de él distinguió la esbelta figura de Tom, dirigiéndose hacia él. Pegó, fallando de nuevo ante la hábil esquivas de su contrincante. Dos izquierdas secas y precisas le alcanzaron el rostro haciéndole sangrar por la nariz.

De forma inconsciente levantó los dos brazos, para protegerse de nuevos puñetazos. Tom, con fulminadora celeridad, propinó una serie en el estómago, pegando con fuerza.

Stanley Moyer dio la sensación de un enorme árbol, cayendo pesadamente al recibir los certeros hachazos del leñador.

Quedó inmóvil. Un árbitro hubiese tenido tiempo sobrado para contar diez segundos.

Tom, erguido, le observaba, hasta tener la seguridad de no poder levantarse. Entonces fue cuando Moyer empezó a moverse. El joven se le acercó y la zarandeó con suavidad con el pie.

Weaver protestó con dureza:

—No le toque, ya le ha vencido usted.

Tom se volvió y le miró con frialdad.

—Esto solo ha empezado. Tengo curiosidad por saber el motivo por el cual Moyer deseaba destrozarme.

—¡A usted qué le importa!

—Está equivocado. Me interesa mucho —su mano apareció armada de su pistola, encañonando a los cuatro hombres—. No intenten huir, pues dispararé. Mi puntería es buena.

Moyer, sentado en el suelo, miraba estupefacto a su vencedor. No comprendía por qué amenazaba a sus compañeros.

—¿Se puede levantar, Moyer?

—Sí.

Escupió e intentó incorporarse. No lo consiguió, sus fuerzas no le obedecieron; estaba destrozado.

Su rostro tenía muchas huellas del castigo recibido y lleno de sangre. Tom miró a los malhechores y ordenó:

—Ustedes dos ayuden a Moyer a entrar en el cabaret.

—¿Quién es usted para darnos órdenes? —preguntó Weaver con altivez.

—Me llamo Tom Lawton, soy inspector del Servicio Secreto.

Todos se quedaron aturridos ante la contestación del joven.

Nadie se atrevió a responder. Todas las miradas estaban fijas en el suelo.

—¿No me han oído? —preguntó Tom con dureza.

Dos hombres ayudaron a Moyer a levantarse e iniciaron la marcha hacia el cabaret. Tom se guardó la pistola, siguiendo a aquellos hombres. Había tomado muy bien sus medidas, no pudiendo ser atacado y tenía la seguridad de que no ocurriría esto. Aquellos individuos no se atreverían a agredir a un inspector del Servicio Secreto.

No obstante, para mayor seguridad ordenó ayudar a Moyer a dos de sus compañeros. Cliff les seguía en unión de Weaver. De esta forma su atención solo quedaba fija en este.

Algunos clientes se hicieron a un lado, al ver entrar el grupo de hombres. Una mujer dejó escapar un grito de espanto al ver el destrozado rostro de Stanley Moyer.

Jack Beaumont masculló una imprecación y les salió al encuentro.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —masculló airado—. ¿Qué le ha ocurrido a Moyer?

—Me he visto precisado a golpearle, Beaumont —respondió Tom con frialdad.

—¿Usted... Lawton? ¿Y por qué?

El joven miró con dureza a Leo Kelsey. El rostro de este estaba pálido, no atreviéndose a sostener la mirada de Tom. En cambio, el atractivo semblante de Florence daba la sensación de haber experimentado un profundo alivio, así como una agradable sorpresa.

—Moyer ha intentado darme una paliza; pera se ha equivocado y la ha recibido él.

—Me alegro, Lawton —se apresuró a responder Beaumont—. Hubiese lamentado que le hubieran causado algún daño. Moyer trabaja para mí y lo aprecio, pero es preferible que haya sido él el derrotado. Tiene usted buenos puños.

—Sé defenderme.

—Entonces todo solucionado. Beba un *whisky* en la barra, la casa le invita.

—Ya he bebido bastante esta noche, Beaumont. Quiero saber el motivo por el cual Moyer ha intentado agredirme.

—Vamos, inspector, no vale la pena, ha sido un accidente sin importancia.

—No estoy de acuerdo. Moyer vendrá conmigo detenido, pero antes deseo saber el motivo que le impulsó a atacarme.

Florence miraba al joven sorprendida. Nunca y, más por su audaz conducta, le pudo suponer un inspector de policía.

—No puede detenerle, Lawton.

—¿No?

La pregunta del joven era burlona, y Beaumont se mordió los labios exasperado. Conocía muy bien a Tom Lawton, sabiendo cuánta era su decisión.

—No me opongo, inspector —respondió sonriendo con un esfuerzo—. Solo he tratado de decir que la acusación contra Moyer es leve.

—Lo menos dos meses en la cárcel, por intentar agredir a un inspector.

—Él no le conocía.

—No me importa —se volvió hacia el corpulento guardaespaldas—. Vamos, Moyer. ¿Por qué me agredió?

—Me fue usted antipático —contestó Moyer con aspereza.

—¡Vamos, Moyer! ¡No quiera hacerse el gracioso! Eso empeorará su situación. No se pega a un hombre por el simple hecho de ser antipático. Usted no había hablado conmigo.

—Es la verdad.

La actitud de Tom se volvió amenazadora. Los escasos clientes que quedaban en el local fingían no darse cuenta. Entre ellos circuló la noticia de que era un inspector del Servicio Secreto quien interrogaba a Moyer. Ninguno de ellos deseaba atraer la atención de Tom Lawton sobre sí.

—Contésteme bien o le pesará.

El ex boxeador se humedeció con la lengua sus destrozados labios, después dirigió una implorante mirada a Jack Beaumont. Este se encogió de hombros imperceptiblemente.

Se decidió a hablar, comprendiendo no le quedaba otro recurso.

—Traté de darle una lección por haberse portado mal.

La mirada de Tom se clavó en Leo Kelsey. Este intentaba marcharse.

—No se vaya, quiero hablarle.

Aunque no pronunció ningún nombre, Kelsey se detuvo en el acto. Se volvió y con un esfuerzo logró sonreír.

—¿Es a mí, inspector?

—Sí, es a usted. ¿Cómo se llama?

—Leo Kelsey. No me explico el motivo por el cual desea saber mi nombre.

—Es probable que le detenga.

—¿Detenerme? Usted exagera, inspector. Se está excediendo en su autoridad.

—¿Cuánto le ha pagado a Stanley Moyer para golpearme?

—¿Yo? Bromea, inspector. Nada he tenido contra usted.

—¿Ni siquiera resentimiento por haber invitado a bailar a la señorita Hume?

—Me olvidé enseguida, se lo aseguro —mintió descaradamente Kelsey.

De nuevo se volvió hacia Moyer.

—¿Es cierto eso? —inquirió con dureza.

—Sí. Nadie me ha pagado para golpearle y menos el señor Kelsey. Advertí su conducta y la hallé incorrecta, mi deber es evitar abusos en la sala. De haberle conocido no le hubiera atacado.

—Mi conducta no ha sido incorrecta. Me limité a invitar a la señorita a bailar y ella accedió.

—Me confundí, inspector.

Jack Beaumont dedicó a Tom su más atractiva sonrisa.

—Inspector Lawton, todo arreglado, ¿verdad?

El joven movió la cabeza con lentitud.

—Nada de eso, Beaumont. Lamento ocasionarle molestias, pero registraré su oficina y almacén. No me gusta nada cuanto ha ocurrido esta noche aquí.

—¡Si no ha ocurrido nada en absoluto! El único que puede quejarse es Moyer, tiene la cara destrozada.

Tom se llevó una mano a su dolorida ceja. Por fortuna, esta solo estaba hinchada, no llegó a partirse.

—Yo también he recibido algunos golpes... y me duelen.

La fisonomía de Beaumont se endureció.

—Usted no puede hacer ese registro, necesita una autorización.

—Conoce usted muy bien las leyes, Beaumont —sonrió Tom—. Es

cierto, no puedo hacer ese registro... ahora. Pero volveré mañana y si encuentro algo incorrecto, le cerraré el local.

—¿Qué espera usted encontrar? —inquirió el forajido desafiador.

—No lo sé, aunque tengo gran curiosidad por comprobarlo. Usted nunca me ha gustado y lo sabe.

Beaumont se mordió los labios despechado. Se dejó llevar de un arrebato de mal humor y lo lamentaba. Tom Lawton era muy peligroso, sabiéndolo por propia experiencia. Debió abstenerse de desafiarle. No le convenía un registro y menos atraerse la atención de la policía sobre sí y sus hombres.

Con un esfuerzo logró sonreír conciliador.

—No debemos llevar las cosas hasta ese extremo, Lawton. Usted me detuvo en una ocasión y no le guardo rencor por ello. Se limitó a cumplir con su deber. Hace poco se lo agradecí, pues me hizo comprender mi equivocación. Ahora trabajo honradamente.

—¿Por qué no accede a mí registro?

—Me es imposible. Usted debe reconocerlo, el dueño es Carl Burman y no se halla presente.

—¿Dónde está Burman?

—Me avisó antes de cenar que no vendría —Beaumont sonrió ampliamente, mostrando su perfecta y blanca dentadura—. No acostumbra a darme explicaciones.

—Lo comprendo —se limitó a responder Tom.

—Me alegra verle comprensivo. Cualquiera puede cometer un error y más si este parece estar justificado. Usted ha acusado al señor Kelsey, cuando sobre su honorabilidad no puede existir la menor duda. Su padre es muy conocido.

El joven respondió con un ambiguo gesto.

—Moyer, venga conmigo.

El corpulento matón se estremeció. De nuevo volvió a mirar implorante a Beaumont.

—¿Insiste en llevarse detenido a Moyer, inspector Lawton?

—Sí, ya lo ha oído.

—Se trata de una injusticia, debe comprender...

—No quiero discutir mis decisiones con usted, Beaumont —interrumpió Tom con frialdad—. Si desea hacer una reclamación, puede hacerla.

—La haré.

—De acuerdo. Buenas noches.

Y cogiendo el brazo de Stanley Moyer salió del cabaret. El detenido no trató de oponer resistencia, aunque sus dientes rechinaban de furor. Tom se dirigió a su coche e hizo sentar a Moyer a su lado.

—Todavía nos divertiremos esta noche, Moyer —prometió.

—No ha debido detenerme, inspector Lawton. No he cometido ningún

delito.

—No opino igual. Tres meses de cárcel no podrá evitarlo Beaumont ni Carl Burman. Eso si no surge un delito mayor.

Con el rabillo del ojo vio cómo su forzado acompañante palidecía y apretaba los labios con fuerza. En la expresión de su castigado semblante, observó la firme decisión de no volver a hablar.

Su llegada a su despacho a aquella hora de la noche acompañado de un detenido, no llamó la atención de los dos agentes de guardia. Estaba acostumbrado a escena semejante.

Encendió la lámpara y se sentó en su silla, mientras indicaba a Moyer se sentase frente a él. La luz de la lámpara alumbraba perfectamente la cara tumefacta del detenido, mientras él quedaba en una semipenumbra.

Encendió un cigarro y lanzó una bocanada de humo. Observó la ansiedad reflejarse en la mirada de Moyer. Este titubeó y preguntó:

—¿Puedo fumar, inspector?

—Luego, ahora no. Antes debe responder a mis preguntas.

—Puede hacer cuantas quiera, no tengo inconveniente en contestarle.

—Así me gusta verle, sea buen chico, Moyer.

Este se movió inquieto en la silla. No le gustaba en absoluto la tranquilidad de su interlocutor. Le habría resultado más agradable verle enfurecido.

—¿Cuál es su empleo en el “Sombrero de copa”?

—Mantener el orden. Usted sabe lo que suele ocurrir en locales semejantes; a veces un borracho trata de armar alboroto y cosas parecidas. Eso es todo.

—¿De veras?

—Naturalmente. Es mi única misión.

—Debemos hablar con claridad, Moyer. Será mejor para usted. Conozco cuanto ha hecho desde su retirada del *ring*. Ha estado detenido dos veces y no precisamente por alboroto, sino por actos delictivos.

—Eso está pasado, cumplí mi condena. Como Beaumont, ejerzo un trabajo honrado.

—¡Hum! El caso es que no me hago a esa idea. De ninguna forma consigo verles a los dos dentro de la Ley. Se me antoja muy absurdo.

—Inspector, nos está ofendiendo —replicó Moyer con inesperada dignidad—. “El sombrero de copa” rinde buenos beneficios y Carl Burman paga de forma espléndida.

Una carcajada brotó de la boca de Tom.

—Usted puede conformarse con ese buen sueldo, pero Beaumont, no. Le conozco bien y es muy ambicioso. Es capaz de cometer los mayores crímenes para conseguir una elevada posición. Lo mismo opino de Carl Burman. Dígame la verdad y no le pesará. ¿Qué se oculta tras el “Sombrero de copa”?

—Nada, se lo prometo.

Tom Lawton se levantó y apoyó las dos manos sobre la mesa. Se inclinaba sobre Moyer, mirándole con fijeza.

—Miente. Se ha equivocado de táctica, y las consecuencias serán peores para usted.

—¿Ha terminado ya de fastidiarme? —inquirió el ex boxeador con desdén, tratando de ocultar su temor.

—Sí, he terminado... por esta noche.

CAPÍTULO V

Jack Beaumont lanzó una maldición tan pronto Tom Lawton hubo salido con Moyer. Sus ojos fulguraban de cólera y se fijaron en Leo Kelsey. Este bajó la mirada al suelo.

En el local solo se encontraban Beaumont, Weaver, Cliff, dos pistoleros, Kelsey y Florence. Todos los clientes habían salido, y los músicos y camareros estaban atareados en los últimos preparativos para marcharse.

La joven había intentado irse, pero la mirada imperativa de Beaumont se lo impedía.

—Vengan a mí despacho, vamos a aclarar lo ocurrido —ordenó.

—Señor Beaumont, ya es muy tarde —objetó Florence—. Debo marcharme a casa.

—Todavía no, Florence. Usted es parte interesada en lo ocurrido.

La muchacha se mordió los labios y no respondió. Estaba arrepentida por no haberse marchado, confundida con los restantes clientes. No lo hizo por estar interesada en cuanto se refería al audaz joven, su sorpresa fue enorme al enterarse de que se trataba de un inspector del Servicio Secreto.

Jamás lo hubiese supuesto, sufriendo una terrible decepción. No porque fuese un representante de la Ley, sino por comprobar que tan solo la hizo servir como instrumento para sus fines. No tuvo el menor interés por ella como mujer.

Cuando estuvieron en el despacho, la mirada inquisitiva de Beaumont se clavó en Cliff. El joven ni siquiera parpadeó.

—¿Quién es este? —preguntó Beaumont a Weaver—. No recuerdo haberle visto nunca.

—Así es, jefe. No tiene trabajo y pensé que a usted le interesaría su colaboración.

—¿Ha estado presente en la pelea del inspector con Moyer?

—Sí, señor —se apresuró a asentar el muchacho.

—No ha sido muy brillante tu principio. ¿No crees?

—No creí prudente pegar a un inspector, señor Beaumont. Las consecuencias podían ser peores.

—No eres tan torpe como pareces. Bien, suplirás la baja de Moyer.

—Gracias.

Beaumont ahora se dirigió a Leo Kelsey.

—¿Por qué se le ocurrió la idea de enviar a Moyer contra el inspector Lawton?

—Ignoraba quién era, Beaumont. Me irritó su desfachatez cuando sacó a bailar a Florence.

—Ha cometido un grave error, Kelsey. Aquí las órdenes las doy yo. ¿Se ha enterado?

—Sí, Beaumont —contestó el joven millonario, muy pálido.

—Por su culpa nos encontramos en una embarazosa situación. El inspector Lawton es muy tenaz y hábil. No desistirá de registrar todo esto y nuestro almacén. No os vayáis, tenéis trabajo en firme por unas horas. Ocuparás el cargo de Moyer.

Estas palabras iban dirigidas a Weaver, cuyos ojos brillaron de alegría. Ahora ya no lamentaba lo ocurrido a su compañero, pues esto sirvió para convertirle en el hombre de confianza de Beaumont. Sus beneficios serían mayores en lo sucesivo.

Beaumont le dio instrucciones en voz baja, asintiendo Weaver. Después ordenó:

—Ya puede marcharse, Kelsey.

Este ofreció su brazo a Florence.

—Te acompañaré a tu casa.

La voz enérgica de Beaumont le hizo volver la cabeza.

—Se marchará solo, Kelsey.

—Es que...

—Se irá solo. Ya ha cometido bastantes tonterías esta noche.

Leo Kelsey no se atrevió a insistir, bajó la cabeza y salió del despacho. Beaumont sonrió con desprecio.

—¡Pobre imbécil! —masculló.

Su expresión cambió, ahora sonreía.

—Florence, te acompañaré yo.

—No debe molestarse, señor Beaumont —se apresuró a responder la joven con visible temor—. Tiene usted mucho trabajo.

—Ya se encargará Weaver, Florence. Es un placer para mí acompañarte.

La muchacha no replicó, comprendiendo la imposibilidad de convencer a Beaumont. Nunca le gustó la presencia del hombre de confianza de Carl Burman, sorprendiéndola con la mirada fija en ella, siendo su expresión codiciosa.

Hasta entonces se portó correctamente, y más al verla asediada por Leo Kelsey. Este era un pobre diablo, petulante e inofensivo, pero no en balde su padre era millonario.

Se estremeció al notar en su brazo el contacto de la mano de Beaumont. Pero no hizo el menor movimiento para desasirse. Salieron del despacho, tras dirigir Beaumont una significativa mirada a Weaver. Este se apresuró a mover la cabeza como señal de asentimiento.

—Sube a mí coche, Florence.

—No debe tomarse esa molestia, señor Beaumont.

—No es ninguna molestia, ya te lo he dicho antes. ¿Acaso te molesta mi presencia?

—No, no. Al contrario...

Beaumont mostró su blanca dentadura al sonreír. La presión de su mano en el brazo de la joven aumentó.

—Me alegra oírte decir, Florence. Siempre me ha disgustado ver a ese estúpido de Kelsey revoloteando a tu alrededor. Tú mereces algo mejor.

Abrió la portezuela de su magnífico coche y con un gesto invitó a la muchacha a sentarse, haciéndolo a su lado. Florence siempre se mostró extrañada por el suntuoso automóvil propiedad de Beaumont, pues este, como empleado de Carl Burman, no parecía estar en condiciones de haberlo comprado.

Beaumont arrancó con gran seguridad. No tuvo necesidad de preguntar a su acompañante su dirección, pues la conocía desde hacía tiempo.

Florence fijó su mirada en las manos alargadas y bien cuidadas de aquel hombre. No obstante su agradable aspecto, le producían una sensación desagradable, como si el contacto de sus dedos fuese viscoso.

Solícitamente la ayudó a descender del coche, al detenerse ante la modesta casa donde se alojaba la joven.

—Hubiésemos podido ir a mí casa antes. Una copa de champaña la habría reconfortado.

—¡Oh, no! ¡Se lo agradezco! Estoy muy cansada, solo deseo acostarme.

—Lo comprendo, Florence.

La joven llegó a la puerta e introdujo la llave en la cerradura. Tendió la mano a su acompañante.

—Muy agradecida por su ayuda, señor Beaumont.

Este sonrió. Su gesto fue petulante.

—No me despidas de esa forma, preciosidad. ¿Puedes ofrecerme una taza de café?

—No vivo sola en el piso, señor Beaumont. Además, no acostumbro a recibir a ningún hombre.

—Yo soy distinto.

—Sí, es usted muy amable. Le estoy muy reconocida.

—No es eso, cariño. No debes tratarme como a un jefe, sino como a un hombre enamorado.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Florence. Su sospecha habíase confirmado: Beaumont ya la cortejaba descaradamente.

—Está usted bromeando. Tiene cuantas mujeres puede desear.

—Pero ninguna se puede comparar contigo. Siempre me has gustado, desde tu primera actuación en el “Sombrero de copa”. Me molesta verte acompañada de ese cretino de Kelsey; como trate de insistir le romperé todos los huesos del cuerpo.

El tono de Beaumont indicaba su firme seguridad de cumplir la amenaza hecha. Su alargado y correcto semblante tenía una expresión siniestra. Sus dedos acariciaron la mejilla de la muchacha.

—Debes corresponderme, pequeña.

—Yo...

—No digas nada ahora —la interrumpió el forajido con suavidad—. Tendrás cuanto pueda desear una mujer, convirtiéndote en la primera estrella del “Sombrero de copa”. Abrigos de pieles, joyas y dinero, todo estará a tu disposición.

Se inclinó con rapidez, besando a Florence. La muchacha apenas logró ladear la cara, siendo alcanzada por los labios de Beaumont en la mejilla, en lugar de la boca.

Beaumont reprimió un gesto de contrariedad y sonrió. Dio una afectuosa palmada en el hombro de la muchacha.

—¡Hasta mañana, preciosidad!

—Buenas noches, señor Beaumont.

Y entró con rapidez en la casa, sin esperar ver partir a su acompañante. Cerró la puerta y se apoyó en ella, respirando con dificultad. No le gustaba su situación, temiendo a aquel hombre.

Resultaba fácil eludir los intentos de Leo Kelsey, pues, tal como había afirmado Beaumont, se trataba de un cretino. Pero el hombre de confianza de Burman era muy distinto. Bajo su aspecto afectuoso y elegante se ocultaba un rufián, teniendo la seguridad de ello. Verse asediada por él la asustaba.

Se despediría de Carl Burman. Este frunciría el ceño disgustado, pero accedería. Tampoco le gustaba el dueño del “Sombrero de copa”, aunque al parecer no se había fijado en ella.

Llegó a su habitación y se desnudó. Cuando apagó la luz, no pensaba en Jack Beaumont, ni en Leo Kelsey; su mente estaba ocupada por la alta y poderosa figura del inspector Lawton.

Quiso hacerla desaparecer y no le fue posible. La firme personalidad del joven la impresionó, cuando tuvo la audacia de invitarla a bailar. Por eso no vaciló en avisarle de la intención de Stanley Moyer, alegrándose al cerciorarse de haberle vencido en la pelea celebrada.

Se quedó dormida con una sonrisa en los labios. Su temor había sido olvidado, teniendo la seguridad de ser protegida por el inspector Lawton. Nunca lo hubiese creído posible; un representante de la Ley logró despertar su juvenil corazón.

★ ★ ★

Se colocó bajo el chorro de agua fría, reaccionando vigorosamente. El jabón no tardó en cubrir el cuerpo musculado de Tom Lawton, frotándose con vigor. De nuevo el agua cayó sobre el joven, haciendo desaparecer la blanca espuma. Cuando terminó y se frotó con la toalla, dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Ya se encontraba en perfecta forma, dispuesto a trabajar con ahínco, sin

importarle cuantas dificultades le saliesen al encuentro.

La señora Benedic ya le tenía preparado el desayuno. Tom lo despachó con excelente apetito, tras haber ojeado el periódico de la mañana. Encendió un cigarrillo y tiró con suavidad de los cabellos de la buena mujer.

—No vendré a comer este mediodía, mamá Benedic.

—No debes hacer eso, Tom. En esas cantinas te estropearán el estómago.

—Soy muy fuerte. Soy capaz de digerir las piedras.

La buena mujer sonrió, viendo salir al joven. Deseaba verle casarse, aunque lamentaría no tenerle en su casa, pues tenía la impresión de contar con dos hijos y una nuera admirables. Pero Tom ya tenía edad para tener esposa.

Tom entró en el café. Sam le recibió con una amplia sonrisa.

—¿Café, Tom?

—Naturalmente.

—¿Has descubierto al asesino de Richard?

—No, aunque confío en conseguirlo. Lo pagará con su vida.

El *barman* le sirvió el café, respetando su silencio. Tom apenas se entretuvo y se despidió con un afectuoso ademán. Se detuvo y regresó hasta la barra.

—¿Conoces el “Sombrero de copa”?

—Desde luego. Se trata de un cabaret de pésima reputación. Su dueño es Carl Burman. No te digo nada referente a este, debes conocerle mejor que yo.

—Sí, un tipo de pésimos antecedentes.

No llegó a entrar en su despacho; un agente se le acercó. Al cerciorarse de no ser escuchado, dijo con familiaridad, mientras alargaba un pliego de papel.

—La orden de registro, Tom.

—Muy bien, Francis. Búscate un compañero, si deseas acompañarme.

—No faltaba más. Me gustaría encontrar algo comprometedor contra Carl Burman, tengo una cuenta pendiente con él. Se burló de mí hará un par de años.

—No hay que ser rencoroso. Un agente del Servicio Secreto no debe tener simpatías ni antipatías, debe limitarse a cumplir con su deber. Es algo muy necesario para ascender.

—No puedo evitarlo. Algunos tipos se me atragantan.

—A mí también, Francis —respondió Tom, bajando la voz.

No tardó el joven en cumplir los requisitos, saliendo con Francis y otro agente. El coche no tardó en detenerse ante el “Sombrero de copa”. El local estaba en plena limpieza, siendo acogida la llegada de Tom y sus acompañantes con evidente hostilidad.

—¿Dónde está Carl Burman? —preguntó Tom a un empleado.

—No lo sé —contestó este con tono despectivo.

El joven le asió con rudeza por la solapa, obligándole a mirarle.

—¡Le he preguntado dónde está Carl Burman! —repitió, mirándole con firmeza.

El individuo rehuyó la fijeza de sus pupilas, quedándose amedrentado. Su acento fue respetuoso al responder: A

—No lo sé, inspector Lawton.

—¿Y Jack Beaumont?

—No tardará en venir. Ya ha telefoneado esta mañana.

—Confío que no me haga esperar, de lo contrario le pesará.

Como si sus palabras hubiesen sido oídas por el forajido, este llegó antes de haber transcurrido cinco minutos. Se dirigió a Tom sonriendo.

—¿Todavía obstinado en efectuar el registro, Lawton?

—Sí.

—Le admiro por su tenacidad. Por eso he venido tan temprano. No quiero ser un obstáculo para sus gestiones.

—Se lo agradezco —replicó Tom con frialdad.

—Estoy a su disposición.

—La orden de registro, Beaumont.

Su interlocutor lo rechazó con un gesto jovial.

—No es necesario, Lawton. Esas formalidades no deben existir entre usted y yo.

—Anoche no se expresó en esos términos. Me obligó a pedirla a mis superiores.

—Anoche estaba enfurecido con lo ocurrido. El aspecto de Moyer era lamentable.

—La situación de su empleado todavía es peor. Está detenido.

—No tardará en estar en libertad. Me admitirán una fianza.

—Es posible. Usted parecía contrariado por no estar enterado Carl Burman. ¿Ya ha hablado con Burman?

—No, no lo he visto. Le he llamado a su casa y no he tenido contestación. Eso fue lo que me indujo anoche a evitar el registro.

—Le comprendo.

Precedidos por el amable y sonriente Beaumont, Tom y sus acompañantes llegaron al despacho del dueño del local. El registro fue hecho con rapidez. En realidad, el joven no esperaba encontrar nada importante.

Beaumont estuvo continuamente pendiente de sus movimientos, atento a prestarle su ayuda. Tom fruncía el ceño con dureza, teniendo la seguridad de que aquel hombre se estaba burlando de ellos.

—¿Ha encontrado algo importante, Lawton?

—No, todo es legal.

—Ya se lo afirmé. Carl Burman siempre trabaja dentro de la ley; de lo contrario, no hubiera aceptado este empleo.

Tom le miró con fijeza. Beaumont siguió imperturbable, la sonrisa continuaba entreabriendo sus finos labios.

—No me gustan las burlas, Beaumont.

—Nunca me atrevería a burlarme de usted. ¿Desea registrar algo más?

—Sí, el almacén de Burman. Y haga el favor de avisarle, quisiera hablarle cuanto antes.

—Haré cuanto esté de mi parte por hablar con Burman. El almacén se halla bastante distante.

—Lo sé.

Durante un segundo la sonrisa de Beaumont se crispó al oír la seca contestación del joven. La dureza de su mirada le indicó cuánta era su peligrosidad, pero se encogió de hombros en un gesto maquinal.

Jack Beaumont también les precedió en su magnífico coche hasta llegar al almacén. Este se hallaba en un sórdido edificio, situado en la proximidad del puerto.

El registro obtuvo el mismo resultado que el efectuado anteriormente. En esta ocasión, Beaumont puso a dos de sus hombres a disposición de los agentes. El mismo casi permaneció todo el tiempo al lado de Tom, indicándole la utilidad de algunos objetos examinados con extrañeza por el joven.

Tan solo estuvo ausente durante unos minutos, para tratar de comunicarse con Carl Burman. Cuando Tom dio por terminado el registro, preguntó:

—¿Ha podido localizar a Carl Burman?

—No, me sorprende e intranquiliza. Nunca acostumbra a ausentarse más de doce horas. Y cuando esto ocurre, me lo comunica.

—Sí, es extraño.

Este fue el comentario hecho por Tom.

Apenas se despidió de Beaumont. Su rudo comportamiento no pareció molestar a este. Su sonrisa adquirió una torva expresión.

—Estúpido policía —masculló.

Tom hizo dos llamadas desde la cabina pública más próxima. En ambas encargó la busca de Carl Burman, diciéndole se lo notificase cuando descubriera su paradero.

Le interesaba hablar con Carl Burman. A este le sería más fácil sonsacar algo interesante que a Jack Beaumont. Este era más duro y hábil. Además, empezaba a intrigarle su ausencia, no estando esta justificada.

CAPÍTULO VI

Tom Lawton se disponía a sentarse a la mesa y empezar a comer, cuando un camarero se le acercó.

—Le llaman, inspector.

—Gracias.

Se dirigió a la cabina telefónica y se llevó el auricular al oído.

—Hable, soy el inspector Lawton.

—Hemos encontrado a Carl Burman.

—¿Dónde está? —preguntó impaciente.

La contestación le sorprendió, no pudiendo evitar palidecer.

—En el depósito de cadáveres, señor.

—¿Ha sido asesinado? —inquirió tras pasarse la lengua por sus resecos labios.

—Su aspecto así lo indica, tiene la cabeza y la cara golpeadas con violencia. Es posible se haya dado algunos golpes, pues ha aparecido flotando en las aguas del puerto a primeras horas de la mañana.

—¿Hasta ahora no me han avisado? —masculló exasperado.

—No nos ha sido posible identificarlo antes, señor. Carecía de documentación y su aspecto hacía imposible reconocerle.

—Bien, ya iré. Antes comeré, Burman no puede escaparse —comentó con amargo humor.

Le sorprendió la información de la muerte de Carl Burman. En realidad, debió decir su asesinato, pues Carl Burman no estaría paseando por el puerto de San Francisco y se caería casualmente. Además, un hombre como Burman no iría sin documentación.

No obstante, la noticia no le quitó el apetito. A fin de cuentas se trataba de un hombre de dudosa moralidad. Carl Burman no tenía antecedentes penales, pero no por esto dejaba de tener fija en él la atención de la policía.

Terminó de comer y se encaminó al depósito de cadáveres, siendo conducido inmediatamente hasta donde se encontraba el cuerpo sin vida de Carl Burman.

Un empleado levantó la sábana, apareciendo a los ojos del joven un horrible espectáculo. La cabeza de Carl Burman mostraba huellas de haber sido golpeada, pero su rostro mucho más, como si el asesino se hubiera ensañado despiadadamente.

—Sí, es imposible ser reconocido.

—Las huellas dactilares lo ha permitido.

Tom se alejó, yendo hasta el teléfono más próximo y marcó un número.

No tardó en oír la voz suave y educada de Jack Beaumont.

—¡Ah, es usted, Lawton!

—Sí. Haga el favor de venir inmediatamente.

—¿A dónde debo ir y por qué? —preguntó ligeramente irritado—. ¿No está usted abusando de mi paciencia?

—Venga inmediatamente al depósito de cadáveres.

—¿Ha dicho usted depósito de cadáveres?

—Sí.

Y colgó el auricular.

Ya no se preocupó por Beaumont, teniendo la seguridad de que no tardaría en tenerle delante.

No se equivocó. Jack Beaumont entró en la amplia sala, dirigiéndose hacia él. Ahora no sonreía. Su mirada brillaba airada.

—¿Qué broma es esta, Lawton? —preguntó al detenerse.

—No se trata de ninguna broma, Beaumont. Le he hecho venir para comprobar la identidad de una persona.

La mano de Beaumont se crispó en el brazo de Tom.

—¿No irá a decirme...?

Se interrumpió, incapaz de terminar la frase. Sus ojos estaban fijos en los del joven. Este se volvió y levantó la sábana. Beaumont retrocedió un paso, como si acabase de ser golpeado en el pecho.

—¡Dios mío, es horrible!

—¿Lo reconoce? —preguntó Tom con dureza.

—No me es posible afirmarlo. Tiene la cara destrozada.

—Así es. Se trata de Carl Burman.

—No es posible. Burman no ha podido ser asesinado tan salvajemente.

—¿Cómo ha sacado la conclusión de que ha sido asesinado?

—No admito otra explicación. Si uno se muere de forma natural, su rostro no queda destrozado.

—Pudo haberse golpeado en su forzada navegación por el puerto. Carl Burman ha podido caerse al agua, al sufrir un vahído.

—Carl Burman paseando por el puerto, de ninguna manera. ¿Qué iba a hacer en aquel lugar un hombre como él?

Beaumont habíase repuesto de la penosa impresión, volviendo a ser dueño de sí mismo.

—Usted puede saberlo, Beaumont.

—No, no, lo ignoro. ¿Quién puede haberle asesinado?

—Trataré de descubrirlo.

—Si le puedo ser útil, cuente conmigo. Apreciaba mucho a Burman y deseo sea castigado su asesino.

—¿Tenía muchos enemigos?

—Todos tenemos enemigos. Y más un hombre como Barman. Aunque hasta el extremo de asesinarle, no lo creo.

—Bien. ¿De quién será ahora el “Sombrero de copa”?

—Mío, Lawton.

—¿Suyo? ¿Y por qué? Solo era usted un empleado de Burton.

—No, inspector. Burton y yo éramos socios. Lo manteníamos en secreto por mi condición de ex presidiario. Barman tenía ciertos escrúpulos, y a mí no me importaba lo más mínimo. La cuestión era ganar dinero; de otra forma no podría tener mi coche.

—Es cierto. Me he preguntado varias veces cómo lo habría usted conseguido. Es magnífico.

—Mis esfuerzos me ha costado. Burman era un hombre trabajador, aunque carecía de iniciativa. “El sombrero de copa” le rendía poco. Por eso convino en asociarse conmigo. Todo cambió, ya ha podido apreciarlo, se trata de uno de los mejores cabarets de la ciudad. No me ciega mi orgullo de propietario.

—Desde luego, Beaumont —asintió Tom.

—Lamento lo ocurrido, Lawton. Puede creerme, soy sincero. Con la muerte de Burman me he quedado como único dueño del local, pero el negocio rendía para dos. Era muy trabajador y podía descansar en él. De las pequeñas cosas no me preocupaba.

—Lo comprendo. ¿Tiene en orden la documentación del “Sombrero de copa”?

—Completamente legalizado por un prestigioso notario. No volveré a franquear la raya de la ley, puede confiar en mí.

—¿Sigue sin sospechar de nadie?

Beaumont permaneció silencioso durante más de un minuto. Después levantó la cabeza.

—No, no me es posible. Tenía enemigos, qué duda cabe, pero no hasta el extremo de asesinarle con tanta saña.

—Quizá el criminal trató de desfigurarle, de esta forma no podría ser reconocido.

—Es posible —el pistolero se encogió de hombros—. Pero continuó sin creerlo. Burman no era mujeriego, llevaba más de dos años viviendo con Stella, una excelente chica.

Tom movió los labios de forma significativa, dando la razón a su interlocutor. Esto era cierto, Carl Burman no era hombre dado a hacer conquistas fáciles, y más aprovechando su privilegiada posición. Llevaba bastante tiempo viviendo con Stella Barnes, habiéndola retirado del escenario.

Dejó caer la sábana, cubriendo la destrozada cabeza del desdichado Burman. Beaumont no pudo menos de dejar escapar un suspiro de alivio.

—Penoso espectáculo, ¿verdad?

—Sí. Y más cuando se trata de un buen amigo. Debe encontrar al asesino; esto no debe quedar impune. Si en algo puedo serle útil, estoy por

completo a su disposición.

—Me verá algunas noches por “El sombrero de copa”.

—Siempre que quiera, Lawton. Le ayudaré en cuanto me sea posible.

—El asesino puede frecuentar el local y cometer un error.

—Me mantendré a la expectativa. No soy torpe, pudiendo descubrir algo interesante. ¿Desea algo más de mí?

—No, no. Solo la identificación de Burman y comunicarle lo ocurrido. Acepto su ayuda.

—Me alegro oírsele decir, Lawton.

Pero no se atrevió a ofrecer su mano al joven, limitándose a hacer con la cabeza un gesto de despedida. Tom le vio alejarse, mientras procuraba extraer unas conclusiones exactas de la entrevista con aquel hombre.

No podía precisar nada. La sorpresa al ver el cadáver de Carl Burman con el rostro desfigurado a golpes, pudo ser fingida. Beaumont poseía grandes recursos, siéndole difícil sacar ninguna conclusión por su aspecto.

De una cosa podía estar convencido: Jack Beaumont resultaba muy favorecido por la muerte de su socio. “El sombrero de copa” le pertenecería por completo. No le sorprendió mucho la declaración de Beaumont al afirmar ser socio de Carl Burman, en lugar de su principal empleado. De alguna forma debía justificar su tren de vida y poseer un magnífico automóvil.

Salió a la calle sumido en sus pensamientos. Ya eran dos los muertos. Le sorprendió el desdichado final de Carl Burman. ¿Por qué lo arrojaron a las aguas del puerto?

Esta pregunta le martilleaba una y otra vez su cerebro, sin hallar una contestación adecuada. El cadáver de Burman podía ser dejado en cualquier lugar, sin exponerse a ser llevado al puerto. Esto significaba un riesgo innecesario para el asesino. Con un coche se podía trasladar fácilmente el cadáver. Y, arrojándolo al mar, dejaba el lugar donde se cometió el crimen sumido en el mayor misterio.

Lo más importante era hablar con Stella Baines. Esta quizá pudiese proporcionarle una pista eficaz.

Realizó varias gestiones, no tardando en enterarse del lugar donde vivía Carl Burman. Con rapidez no tardó en encontrarse ante la puerta de Un lujoso apartamento. Pulsó el timbre y no obtuvo contestación. Esperó un tiempo prudencial y repitió la llamada.

Silencio absoluto. En el interior del piso no oyó el más leve rumor, pese a haber aproximado el oído a la puerta. Hizo un gesto de contrariedad y apretó el timbre casi con rabia.

Nadie le respondió. Miró el pasillo, estando desierto. Ya no titubeó e introdujo una ganzúa en la cerradura. Le costó varios esfuerzos conseguir abrir la puerta, consiguiéndolo cuando ya empezaba a irritarse.

Inmediatamente observó algo extraño en el recibidor, como si hubiese

desorden en los escasos muebles. Cuando llegó al interior se convenció de haber sido abandonado el apartamento apresuradamente por Stella Baines.

El armario estaba abierto, viéndose las perchas por el suelo, como si las prendas de ropa hubiesen sido colocadas precipitadamente en las maletas. La amante de Carl Burman había huido, todo cuanto estaba viendo lo demostraba.

—¡Maldición! —exclamó exasperado—. ¿A dónde habrá ido esta mujer?

Salió del piso, cerrando la puerta cuidadosamente tras sí. Descendió la escalera y preguntó al portero:

—El señor Burman no está en su casa. ¿Podría decirme a dónde ha ido?

—Nunca acostumbra a decirlo, señor —respondió el hombre mirándole con desconfianza—. Y no podemos dar informes a les desconocidos.

Tom le mostró su credencial de inspector. Los modales del portero cambiaron por completo, incluso se inclinó ligeramente.

—Perdone, inspector, no pude suponer...

El joven le interrumpió con un ademán.

—Lo comprendo y no tiene importancia. ¿Desde cuándo no ha visto al señor Burman?

—Desde ayer por la tarde.

—¿Daba la impresión de estar intranquilo?

—No se lo puedo asegurar, apenas me fijé en él. Su esposa se ha marchado esta mañana con dos maletas. Me ha extrañado, pues no me ha dicho una sola palabra.

—¿Su aspecto era normal?

—No, señor. Daba la impresión de estar muy nerviosa, en su cara se apreciaba la huella de haber llorado.

—Gracias por su información.

—Siempre a su disposición, inspector.

Esto demostraba que Stella Baines no ignoraba el asesinato de su amante. Las palabras del portero le sumieron en una mayor perplejidad. ¿Cómo pudo haberse enterado Stella de la muerte de Burman? El descubrimiento del cadáver era un secreto, habiéndolo mantenido oculto a los periodistas.

Tan solo lo conocía Beaumont.

Quizá el asesino se lo comunicó a Stella, obligándola a dejar el piso, evitando su declaración a la policía. Debieron amenazarla, pues se apresuró a obedecer.

Tenía la seguridad de no estar de acuerdo con él o los asesinos de su amante. Las palabras del portero se lo indicaban. Stella Baines al marcharse aquella mañana daba la impresión de estar nerviosa y de haber llorado. El terror la impulsó a marcharse.

Debía encontrarla e interrogarla, pudiendo darle algunos datos importantes. Con rapidez empezó a realizar gestiones, habiendo requerido

la ayuda de varios agentes.

Fue él mismo quien descubrió el lugar donde se encontraba Stella Baines. Se trataba de un hotel de segundo orden. El conserje, tras haber examinado su credencial, se apresuró a responder a sus preguntas.

—No, señor. La señora Burman o Baines no se aloja aquí.

—Se trata de una mujer de unos treinta años —Tom habíase enterado de los datos personales de Stella—. Alta, bastante atractiva. Lleva dos maletas.

—Sí, esta mañana ha llegado una señora de esas características. Ocupa la habitación número cuarenta y siete. Tercer piso, señor.

—Gracias.

Tom subió en el ascensor, no tardando en encontrarse ante la habitación número cuarenta y siete. Llamó y no obtuvo contestación. El sudor empezó a cubrir su frente, asaltándole un lúgubre presentimiento. Repitió la llamada, obteniendo el mismo resultado.

Tras aquella puerta había ocurrido un hecho siniestro, estaba convencido de ello. Tenía una firme base en que apoyarse. Stella Baines se encontraba en su habitación, pues el conserje le hubiera informado que se hallaba ausente. ¿Por qué no contestaba?

Estuvo tentado de abrir la puerta, pero se contuvo. Descendió al vestíbulo. El conserje le sonrió con amabilidad.

—¿Ya ha hablado con esa señora?

—No, deberá acompañarme usted, con la llave de su habitación.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó el conserje, palideciendo.

—Lo ignoro y deseo cerciorarme. No quisiera perder más tiempo.

—Voy enseguida, señor.

Con mano nerviosa cogió una llave y siguió a Tom. No tardaron en encontrarse en el tercer piso. Con incontenible temblor introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. La puerta quedó abierta de par en par.

El conserje retrocedió dos pasos, mientras la llave caía pesadamente al suelo. Sus ojos estaban desorbitados y sus labios apenas pudieron murmurar:

—¡Dios mío, es horrible!

Tom le echó a un lado con brusquedad, aproximándose al lecho. Sus labios estaban apretados con fuerza, sus pasos fueron firmes, no dejándose impresionar por aquella terrible visión. En realidad estaba preparado para ver algo parecido.

Stella Baines se encontraba tendida sobre el lecho, aunque de través. La cabeza quedaba fuera y sus largos cabellos caían desordenadamente. Se cubría con una bata azul, casi abierta, dejando al descubierto sus largas y bien formadas piernas, enfundadas en medias de seda. Su amplio seno también quedaba casi al descubierto, aunque de forma más brutal, como si el asesino hubiese tirado de la bata con fuerza.

Sus ojos, completamente abiertos, estaban fijos en el techo con desesperación. En su cuello aparecía el mango de un pequeño estilete habiendo desgarrado la hermosa y blanca piel. La sangre descendía por el lecho hasta caer en el suelo, formando un pequeño charco.

Stella Baines no volvería a hablar. El asesino habíase asegurado de ello.

Una furia impotente se apoderó de Tom. En dos días se encontraba ante tres cadáveres, sin lograr descubrir el menor rastro del asesino.

Aún no había examinado la estancia, pero tenía la certeza de no descubrir nada importante. Aquellos hombres eran hábiles y no dejaban huellas tras sí. Tan solo Richard consiguió ponerle tras la pista, al tener en un bolsillo la caja de cerillas.

El conserje no cesaba de lanzar ahogadas interjecciones. Se apoyaba en la pared y su semblante estaba lívido. Reaccionó y fue a salir.

—¿A dónde va usted? —le detuvo la voz enérgica de Tom.

—A... llamar a... la policía.

—¿Acaso no estoy yo aquí?

—Sí... sí, señor.

—Cierre la puerta y no se mueva.

Fue obedecido. Apenas pudo contener una sonrisa al ver el aspecto de aquel hombre. Su mirada estaba fija con obstinación en el suelo, no queriendo volver a ver el hermoso cuerpo sin vida de Stella Baines. Un simple empujón o una fuerte exclamación podía hacerle caer desmayado.

Con rapidez examinó la estancia, no encontrando ningún objeto revelador. Ya era dueño de su sangre fría, no haciendo ningún gesto de contrariedad.

Llegó hasta el conserje y le puso una mano en el hombro.

—Ya podemos salir de aquí.

—Sí, señor. Lo estoy deseando.

—No diga una palabra a nadie de lo ocurrido, debe esperar a la llegada de la policía.

—No hablaré, puede tener la seguridad.

Tom se agachó, cogió la llave y abrió la puerta. Con un gesto indicó al conserje saliese de la estancia. Este se apresuró a obedecer sin apartar los ojos del suelo, no volviendo a mirar el cadáver.

Cerró la puerta con llave y se la entregó al hombre. Este se estremeció a su contacto, dando la impresión de haber tocado un hierro candente. Tom le miró, temiendo ver caer la llave. No ocurrió; el conserje la apretó con fuerza, metiéndola después en un bolsillo.

—Así no se perderá. Perdone, señor, pero me encuentro terriblemente impresionado.

—Lo comprendo, amigo.

Telefonó a la comisaría más próxima, dando cuenta del crimen y dando algunas instrucciones.

Estaba furioso consigo mismo. De haber actuado con mayor rapidez, Stella Baines no habría sido asesinada. Y de haberla hallado con vida, la identidad del asesino ya no sería un misterio.

No podía hacerse ningún reproche, pues él hizo cuanto estuvo en sus manos para encontrar el paradero de Stella. El asesino se le anticipó un par de horas, teniendo tiempo sobrado para asesinarla.

Movió la cabeza con energía. En forma alguna debía dejarse abatir, pues conseguiría detener a los asesinos.

Y durante el resto de la tarde no descansó un solo momento, realizando numerosas diligencias.

Una extraña sonrisa floreció en sus labios cuando entró en un restaurante.

CAPÍTULO VII

Tom Lawton llegó al lugar de la cita dos minutos antes. Permaneció inmóvil, con la espalda apoyada en los fardos. Sus ojos escrutaban la oscuridad.

A aquellas horas ya no pasaba nadie por aquel lugar, por esto fue elegido para entrevistarse con Cliff.

Se pasó una mano por la cara con intranquilo ademán, consultando su reloj: eran las diez.

Tan solo habían transcurrido dos minutos, y a él se le antojaren dos lloras. No tenía motivo para preocuparse, pues era la hora exacta de la cita. Además, Cliff podía retrasarse, ya que debía desembarazarse de sus nuevos compañeros.

Cinco minutos pasaron con exasperante lentitud.

De buen grado hubiera encendido un cigarrillo, pero no lo hizo. En forma alguna podía atraer la atención de nadie, siendo necesaria la mayor discreción.

Sus nervios se pusieron en tensión. Acababa de oír unos pasos y estos se acercaban. Se tranquilizó, pues sonaron con firmeza. Sí, era Cliff Benson.

Divisó su alta y fornida figura.

—¡Hola, Cliff!

—Perdone que me haya retrasado cinco minutos. Estaba con Weaver y me ha sido difícil librarme de él.

—Lo comprendo, muchacho. Carece de importancia, la cuestión es que estés aquí.

—Ya figuro en la nómina del “Sombrero de copa”. Weaver me ha ayudado mucho, aunque todavía no tengo mucha confianza —dijo el muchacho ocultando la satisfacción de haber sido tuteado por su superior.

—Has actuado muy bien, te felicito, Cliff. ¿Qué ocurrió después deirme yo?

—Beaumont estaba furioso y lanzó varias maldiciones. Después increpó con dureza a Leo Kelsey. Este intentó acompañar a Florence, pero Beaumont lo impidió, acompañándola él.

Las mandíbulas de Tom se crispaban con fuerza.

—¡Maldito cerdo! Lo destrozaré en mis manos.

Cliff no pudo menos de sonreír. Al hacerlo se alejó dos pasos, evitando ser visto por su jefe. Este estaba enamorado, lo sospechó debido a su actuación y por las miradas cruzadas entre los dos jóvenes.

—Florence no parecía estar muy contenta por la decisión de Beaumont. Antes de marcharse, encargó a Weaver ordenase el almacén. Yo no

participé, al parecer Weaver no se decidió por ser nuevo. Ahora ocupa el lugar de Stanley Moyer.

—Muy bien, Cliff. Estamos ante unos momentos decisivos. Carl Burman ha aparecido muerto en las aguas del puerto. Su rostro se hallaba muy desfigurado por los golpes. Su amante, Stella Baines, estaba muerta en la habitación de un hotel.

—Esos malvados son muy sanguinarios, Tom.

—Sí, muchacho. Debemos descubrirles cuanto antes y evitar nuevas muertes. No te confíes ni un solo momento, puedes ser descubierto y asesinado como Richard.

—No me confiaré.

—Debes tratar de descubrir si Beaumont posee un escondrijo en el puerto. Quizá Weaver te sea de gran utilidad.

—Así lo haré.

—Si lo consigues, lo comunicas inmediatamente a la señora Benedic. Ella ya tratará de localizarme. ¿Me has entendido?

—Sí, la guarida principal de esa cuadrilla está en el puerto, y he de descubrirla.

—No, Cliff. Se trata de un refugio provisional. El refugio principal era el almacén del “Sombrero de copa”. Probablemente el género ha sido trasladado por el temor de ser descubierto por mí registro. Si logramos encontrarlo, esos asesinos estarán descubiertos.

—Ahora lo comprendo todo a la perfección —asintió Cliff—. Me ha costado mucho llegar a esta conclusión.

—Vamos, muchacho, al trabajo. Yo no tardaré en llegar al “Sombrero de copa”. Como anoche, no debemos hablarnos. Debes ser hábil, pero sin exponer tu vida. Si descubres el nuevo refugio de Beaumont y no sirve para nada, solo habrás conseguido que te asesinen. No quiero un sacrificio en vano.

—Soy joven para tratar de suicidarme.

Tom le apretó el brazo con afecto.

—Eres un buen muchacho. Te deseo suerte.

—Hasta luego, jefe.

Y Cliff se alejó.

Tom estuvo oyendo sus pasos firmes y rápidos. No temía por él, era fuerte, valiente y decidido.

Encendió un cigarrillo y se encaminó hacia su coche. Arrancó, dirigiéndose sin prisa hacia el cabaret. Se encontraba en un momento decisivo, pues si lograba detener y demostrar la culpabilidad del inhumano asesino, terminaría aquella cadena de crímenes.

El criminal estaba atemorizado, no deteniéndose ante un nuevo asesinato. Tan solo deseaba salir airoso, no teniendo a nadie que pudiese acusarle. Tan pronto sospechase de alguien que pudiera poner en peligro

su libertad, caería sobre él, exterminándole.

Se trataba de una bestia humana.

Aparcó en un lugar solitario y se dirigió hacia la puerta principal del cabaret. Se detuvo sorprendido; acababa de ver la gentil figura de Florence Hume. ¡Qué bella estaba!

La joven no le había visto, andando con rapidez. Se ocultó en la sombra, no tardando en estar Florence a su altura.

—Buenas noches, señorita Hume.

La joven se detuvo en seco, mientras de su garganta se escapaba un grito. El color volvió a sus mejillas al reconocerle, mientras sus bellos ojos brillaban indignados.

—¡Ah, es usted, inspector!

—Perdone si la he asustado.

—Puede hacer cuanto se le antoje, tiene usted autoridad para ello —le reprochó la muchacha con sarcasmo.

—Np me guarde rencor, se lo ruego.

—No le guardo rencor, puede tener la seguridad. Tan solo quisiera que no volviese a hablarme.

—No quiero verla enojada, y menos conmigo.

—¿Todavía tendrá la pretensión de que le sonría?

—Es usted muy cruel.

—No lo crea. Usted no debía hacerme servir como instrumento para poder efectuar un registro en el local.

—No es cierto. Le confesaré que no me importaba el escándalo, pero en forma alguna la elegí como motivo. La invité a bailar dominado por un impulso superior a mí voluntad.

Florence desarrugó el ceño, e incluso Tom creyó ver aparecer una tenue sonrisa en sus labios, pues la miraba con ansiedad.

—¿Me cree, Florence?

—Sí, es posible haya sido sincero.

—No lo dude. Le agradezco su interés por avisarme de la intención de Stanley Moyer. Gracias a usted no fui sorprendido por aquel bruto, pudiéndole dar su merecido.

—Lo hice por ignorar su identidad.

—¿Tanta aversión siente a la policía?

—No, tan solo por su conducta. Ahora me encuentro en una angustiosa situación.

—¿Acaso Beaumont se ha atrevido a amenazarla?

—No, al contrario. Se ha mostrado muy cariñoso.

Los puños de Tom se apretaron con furia, como si entre ellos tuviese el cuello de Jack Beaumont.

—Le daré su merecido a ese granuja. No se deje subyugar por el dinero de ese miserable.

Ella se irguió.

—No le admito consejos. Conozco bien cuál es mi obligación.

Las poderosas manos del inspector Lawton la sujetaron con fuerza. Trató de resistir, pero sintióse atraída hacia él.

—Florence, ese ambiente no es para usted. Tiene una bonita voz, pero no lo bastante buena para triunfar. Debe desengañarse, solo soy un inspector del Servicio Secreto, es todo cuando puedo ofrecerle.

—¡Oh, Tom! Si apenas me conoce.

—¡Qué importa eso, querida! Te quiero desde que te vi.

La muchacha se apoyó confiadamente en el pecho varonil, mientras Tom le acariciaba los sedosos cabellos. Fueron unos instantes inefables y ambos perdieron la noción de cuanto les rodeaba. Por fortuna, no pasaba nadie por la acera.

Tom cogió la barbilla de ella con suavidad, obligándole a mirarle. Después sus bocas se unieron.

—Hemos cometido una locura, Tom —reaccionó ella separándose.

—Una locura sublime, chica —replicó el joven, reteniéndola.

Y de nuevo la besó.

Los brazos de Florence le rodearon el cuello.

—Si Beaumont trata de molestarte, me avisas. No te preocupes, me teme demasiado para meterse con mi novia.

—¿Tu novia, Tom? —susurró Florence, sonriendo.

—Naturalmente. Nos casaremos en cuanto se termine este maldito asunto. Ahora entra y cumple con tu cometido.

Ella se alejó. Tom permaneció inmóvil. Introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un paquete de cigarrillos. Cogió uno y lo puso entre los labios. Todos estos movimientos fueron hechos de forma mecánica por el joven.

Iba a encenderlo, cuando se detuvo. Acababa de ver a un hombre salir del “Sombrero de copa”. Avanzaba hacia él con cautela, como si procurase no ser visto.

No tardó en estar a su altura y le cogió del brazo. El hombre se estremeció y dio un paso hacia atrás. Entonces sus ojos se posaron en el rostro de Tom y sonrió.

—¡Eres tú, Tom! —exclamó con tono aliviado—. Me habías asustado.

—¿Qué haces aquí, Sam?

—He estado en el “Sombrero de copa”. Tal como me dijiste, en ese cabaret puede encontrarse el asesino del pobre Richard. Quisiera ayudarte a capturarlo, por nada en el mundo puede librarse de su merecido castigo.

—Te lo agradezco, Sam. ¿Qué has descubierto?

—Jack Beaumont es el dueño, un granuja sin escrúpulos. Tú lo conoces mejor que yo, pues lo detuviste. Además, tiene empleados a antiguos delincuentes. El *barman* es uno de ellos.

—Gracias, Sam.

—Te deseo suerte, Tom.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Sam se alejó. Tom anduvo pensativo, hasta encontrarse en la puerta del cabaret. Adoptó una actitud natural y entró.

Sorprendió la torva mirada del *barman*. Solo fue un momento, enseguida recobró su expresión indiferente y normal. Tom sonrió y se le acercó.

—Un *whisky*, Larrigan.

—Le sirvo inmediatamente, inspector Lawton. Creí que ya no se acordaba de mí.

—Sí, te reconocí ayer en cuanto te vi. Me alegro verte trabajando.

—No volverá a detenerme, Lawton. Ahora trabajo y me va bastante bien. Lo he comprendido a tiempo.

—Me alegro, Larrigan.

Bebió un trago de *whisky* y comentó:

—La sala no parece estar tan animada como anoche.

—Algunos clientes se asustaron con su aparición. Solo será cuestión de un par de días. “El sombrero de copa” ya está acreditado.

—Lamentaría ser el causante de la ruina de Jack Beaumont. Es un antiguo amigo mío.

Vio sorprendido cómo se acercaba un tipo extraordinariamente corpulento, cuyo rostro presentaba claras muestras de haber recibido potentes golpes; Stanley Moyer ya estaba en libertad.

—Lamento lo ocurrido anoche, inspector Lawton —dijo el ex boxeador, deteniéndose ante él—. Ignoraba quién era usted, de lo contrario jamás se me hubiera ocurrido provocarle.

—¿Ya está en libertad?

—Sí. El señor Beaumont ha sido tan amable que ha depositado mi fianza.

—Por mí parte todo olvidado, Moyer.

—Gracias, inspector.

Y se alejó. Tom le miró con expresión dubitativa, Beaumont debía tener gran confianza en aquel brutal individuo cuando se arriesgaba a depositar su fianza.

Cliff se encontraba más distante, acompañado de Weaver. Este le hablaba con gran animación, mientras el joven agente sonreía. Ambos bebían *whisky*, debiendo invitar Weaver, pues el muchacho fingía tener poco dinero.

Por el momento dejó de dedicarse a Cliff. Ahora su mirada buscó la adorable figura de Florence. La vio ocupando una mesa, y como la noche anterior, teniendo como pareja a Leo Kelsey. Pero ahora Kelsey ya no se mostraba tan solícito con la joven, como si estuviese atemorizado.

Esto le satisfizo, pero no el motivo por el cual Kelsey apenas galanteaba a Florence. La verdad le resultaba repulsiva, Kelsey había sido amenazado por Beaumont, obedeciéndole sin la menor vacilación. Así le informó Cliff.

Esto le extrañaba. Leo Kelsey era hijo de un conocido millonario, pudiendo gastar el dinero a manos llenas. Su situación le permitía permanecer en un lugar más elevado que el dueño del “Sombrero de copa”. No obstante, daba la sensación de estar atemorizado por este.

Algo se ocultaba tras todo aquello y él lo descubriría. Quizá todo estuviese relacionado con los tres asesinatos cometidos. Tenía la seguridad de estar siguiendo una pista sólida. Richard Brooks tuvo la clave del misterio, por esto fue asesinado.

Todo daba la sensación de estar en orden. La sala ofrecía un magnífico aspecto, pese a estar algunas mesas vacías. Habían llegado algunos clientes en los últimos minutos.

Weaver se mostraba muy solícito con Cliff, mientras el muchacho se limitaba a sonreír, mostrándose ligeramente decepcionado. Tom le oyó decir al pasar por su lado:

—... muy contento. Es muy poco dinero, Weaver.

—Debes tener paciencia. Ahora hace un trabajo de escasa importancia, debido al regreso de Moyer. Más adelante...

No oyó más, pero dedujo que Cliff no parecía conforme con su nuevo empleo, ganando poco dinero. Hábil táctica la de su ayudante, no apareciendo entusiasmado.

Ahora Tom no permanecía en un lugar, tratando de pasar inadvertido. Iba de un lado a otro, observando cuanto estaba ocurriendo. Beaumont y sus hombres le miraban con odio, aunque apartando los ojos de él, al notar la mirada del inspector sobre ellos.

Tom quedó inmóvil al empezar la actuación de Florence. Solo estaba pendiente de sus movimientos. Aún se hallaba sorprendido de lo ocurrido poco antes, pues la tuvo entre sus brazos, besándola con apasionamiento, siendo correspondido por ella. Era su prometida y no tardaría en ser su esposa.

Como la noche anterior, la muchacha fue muy aplaudida. Cantaba bien, aunque distaba mucho de poder convertirse en una estrella de primera magnitud.

La siguió con la mirada, frunciendo el ceño al ver cómo Jack Beaumont le salía al encuentro, cogiéndole una mano con apasionamiento. No le separaba una gran distancia y se aproximó, pudiendo oír al forajido.

—Has estado sublime, Florence.

—Gracias, señor Beaumont.

El continuó reteniéndola a su lado, sin soltarle la mano.

—No debe llamarme señor Beaumont. Simplemente Jack.

—No me será posible, estoy acostumbrada.

—Debes hacer un esfuerzo, cariño. Dentro de unos días quedarás convertida en la “estrella” máxima del “Sombrero de copa”. Te haré famosa, te lo juro.

—No soy tan ambiciosa, señor Beaumont.

—¡Señor Beaumont... señor Beaumont! —exclamó el dueño del cabaret con reprimido furor—. Para ti solo soy Jack. ¿Te has enterado?

Y al decir esto la condujo a un apartado rincón, disponiéndose a abrazarla. Florence, sorprendida por su rápida acción, no logró desasirse, aunque pugnó por desprenderse de los brazos de Beaumont. Este intentó besarla.

Una poderosa mano asió a Beaumont por la chaqueta, y con irresistible impulso le obligó a retroceder y soltar su presa. El miserable manoteó con furia.

—¿Qué significa esto? —rugió con el rostro enrojecido.

—Sigue siendo un canalla, Beaumont —respondió Tom con sequedad.

—Inspector Lawton, no tiene derecho a insultarme. Yo...

Y trató de forcejear, librándose de la mano de su adversario, pero este le sujetaba con fuerza, manteniéndole en una desairada posición.

—Su comportamiento ha sido indigno.

—A usted no le importa. Florence Hume es mi empleada y...

La indignación se apoderó de Tom al oír estas palabras. No se pudo contener y su derecha se estrelló en el rostro de Beaumont, mientras le soltaba la chaqueta.

El miserable manoteó desesperadamente antes de caer al suelo.

Dos hombres avanzaron hacia Tom, en actitud amenazadora.

El joven les dirigió una rápida mirada. Sus labios se movieron con sequedad al proferir:

—¡Quietos, muchachos! Un paso más y lo lamentaréis. Se trata de un asunto particular entre vuestro jefe y yo.

Los dos bravucones se detuvieron indecisos, no sabiendo cómo actuar. Sus miradas se posaban sobre el joven inspector, para dirigirse a su derribado jefe. Conocían la identidad de Tom, y esto les impedía arrojarle sobre él y tratar de derribarle a golpes. Además, conocían su peligrosidad, no por haber derribado de un puñetazo a Beaumont, sino por haber sido uno de ellos testigo de la formidable paliza propinada a Stanley Moyer.

Tom asió el brazo de Florence, apretándolo con ternura. Trataba de infundirle ánimos. La joven temblaba un poco, pero no daba muestras de estar asustada.

Beaumont se movió y trató de enderezarse, mientras de sus labios se escapaba un gemido. Miró a sus hombres y dijo:

—Podéis marcharos. Se trata de un asunto entre el inspector y yo.

Los dos pistoleros le obedecieron visiblemente aliviados. Hubiera sido enojoso para ellos enfrentarse a un inspector del servicio secreto.

—Ha tenido sentido común, Beaumont. La intervención de esos tipos aún le habrían perjudicado más.

—No ha debido golpearme, Lawton.

—¿No? Pues he estado tentado de matarle.

—A usted esto no le importa.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. Florence Hume me gusta y la convertiré en la máxima “estrella” de este local.

—Se equivoca. Usted lo ignora, pero Florence es mi prometida.

La cara de Beaumont expresó un profundo estupor.

—No es posible —musitó con voz ronca.

—Lo es —asintió Tom con caíma—. Continuará trabajando para usted hasta haber terminado el contrato. Como me entere de que se ha atrevido a ponerle la mano encima, le mataré. ¿Me ha entendido?

El forajido logró incorporarse, una de sus manos se apoyó en su dolorida cara.

—Eso es distinto —dijo tratando de sonreír—. Lo ignoraba, Lawton.

—De acuerdo. Por mí parte doy este enojoso asunto por terminado.

Beaumont ya se sostenía con más firmeza y se arregló el desorden de su ropa. Sonrió ampliamente.

—Yo también. Y les felicito.

—Gracias, Beaumont.

La joven se dirigió a su camerino.

Tom Lawton volvió la espalda a Beaumont y se encaminó hacia la barra. Los ojos del malvado relampaguearon de odio.

—Morirás, Lawton.

CAPÍTULO VIII

Weaver golpeó la espalda de Cliff. Este gesto ya era habitual en el pistolero, complaciéndose en proteger a aquel muchacho tan fuerte.

Cliff le miró y movió la cabeza con indiferencia.

—¿Qué te ocurre ahora? —inquirió mirándole con expresión malhumorada.

—Eres un tipo con suerte y además te protejo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche trabajarás conmigo. Beaumont ha decidido tu ingreso en firme en la cuadrilla. Cien dólares semanales, aparte los extras. ¿Qué te parece?

—No está mal, Weaver. Eres un gran amigo, por fin voy a tener dinero. Te invito a un trago.

—Si apenas tienes dinero.

—No tardaré en tenerlo. Esa buena noticia hay que celebrarla.

—Bien, un vaso de *whisky*.

—El jefe me dará un anticipo, aunque sea cincuenta dólares, ¿verdad?

—Es posible. Beaumont siempre se muestra muy generoso.

—Así da gusto trabajar —asintió el muchacho con entusiasmo.

—Siempre te lo he dicho. Tu fortuna se encuentra en este local.

—¿Tanto dinero da el “Sombrero de copa”?

—Da dinero, pero no tanto. Beaumont tiene otros negocios.

—Ya me parecía a mí. Siempre me ha parecido un tipo listo.

—Lo es, nada se le escapa. El dinero parece acudir a sus manos.

—Y alguno llega hasta nosotros. Trabajar con un hombre así es una suerte. Nunca me había encontrado con una oportunidad semejante. Ya me decidía por dar un golpe por mí cuenta.

—No se te ocurra hacer esa idiotez. Obtendrías escaso beneficio y contarías con noventa y cinco posibilidades de ir a la cárcel.

—No lo ignoro. A pesar de llevar poco tiempo en San Francisco, no me considero tonto.

Los clientes ya empezaban a marcharse.

—Pronto nos iremos. Esta noche trabajaremos de firme. No hagas ninguna pregunta. Debes limitarte a cumplir las órdenes de Moyer.

—¿También vendrá Moyer?

—Sí, él dirige todo el trabajo.

—Has perdido su puesto. ¿No le guardas rencor?

—No. Tiene más condiciones que yo, gano bastante dinero y tengo suficiente.

—Eres un gran muchacho, Weaver.

—Me gusta ayudar a aquellos con quienes simpatizo. Lo ocurrido con Moyer te demostrará que, en el caso de ocurrir una desgracia, no nos dejan solos. Beaumont nos protege.

—Siempre es una garantía.

—No lo dudes. La fianza de Stanley Moyer le ha costado a Beaumont un puñado de billetes.

Cliff trataba de mantener una actitud convincente, no mostrando una alegría excesiva. Probablemente aquella misma noche le sería posible descubrir el lugar donde ocultaba Beaumont la mercancía, habiendo obtenido un rotundo éxito en su primera misión. El inspector Lawton quedaría complacido de él.

Weaver le hizo una significativa señal, y le siguió. Ahora no pronunciaron una sola palabra, subiendo a un coche. Tan pronto lo hubieron hecho, este arrancó.

—¿Tiene pistola? —susurró el pistolero.

—No.

—Por esta noche será igual. Mañana Moyer te entregará una. Es conveniente ir armado.

—No me importa, tengo buenos puños —replicó Cliff con exagerada jactancia.

—Poco pueden ante un certero balazo, Cliff.

—¿Acaso os atrevéis a disparar contra la policía? —inquirió el muchacho fingiendo una gran admiración.

—Naturalmente. La cuestión es no dejarse sorprender.

—Es admirable. ¿Y Moyer? ¿No viene con nosotros?

—Se ha adelantado en otro coche. Y nos espera.

—Buena organización, Weaver. Beaumont sabe lo que se lleva entre manos.

—Sí.

La contestación de Weaver fue seca y lacónica. Toda su atención estaba concentrada en cuanto ocurría ante él. El coche ya había entrado en el puerto, siguiendo la dirección del mar.

Cliff se alegró de la actitud de su acompañante, la que le permitía observar con todo detenimiento el lugar adonde se encaminaban. Conocía bastante bien el puerto y se sorprendió. El coche se dirigía hacia una zona privilegiada; hacia el lugar donde anclaban los yates y embarcaciones de recreo.

El coche se detuvo ante un yate de magnífico aspecto. Cliff no pudo contener su curiosidad y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Nada de preguntas, muchacho —le respondió Weaver con sequedad—. Se obedecen órdenes y nada más.

—Una disciplina férrea, ¿eh?

—Sí.

Descendieron del coche. El conductor se colocó al otro lado del muchacho. Cliff apenas advirtió esta maniobra, pues fue hecha con naturalidad.

Dos hombres avanzaban hacia ellos, distinguiendo la alta y corpulenta figura de Stanley Moyer.

Aquel lugar estaba débilmente iluminado, muy próximo al agua. El yate se encontraba a unos cinco metros.

Moyer se detuvo frente a Cliff, examinándole con atención. Con los dedos dio un suave golpe en el pecho del muchacho. Sonrió maliciosamente al preguntar:

—Tú eres el nuevo miembro de la cuadrilla, ¿eh?

—Sí.

—Te hemos admitido por haber sido recomendado por Weaver.

—Ya lo sé y le estoy muy reconocido.

—¿Cómo te llamas?

—Cliff Cadwey.

Algo vio en la mirada del ex boxeador que le puso en guardia. Se trataba de un detalle burlón y siniestro. Entonces advirtió que se encontraba en el centro del grupo. No mostró ningún temor al oír las acusadoras palabras.

—¿Por casualidad no será Cliff Benson?

Estaba descubierto.

Su situación era desesperada, siguiendo la misma suerte que el desventurado Richard Brooks. Pero él aún podía defenderse y no se resignaría a dejarse asesinar sin ofrecer resistencia.

¿Cómo pudo haber sido descubierto? Este pensamiento le martilleaba una y otra vez en el cerebro. Él no cometió ninguna indiscreción, no era conocido. En forma alguna se lo podía explicar.

Pese a estar sumido en estos pensamientos, no perdió la noción de cuanto le rodeaba. Tras él estaba Weaver, y este probablemente le hundiría un cuchillo en la espalda, tan pronto hiciese el menor movimiento para huir.

—No le entiendo, mi nombre es Cliff Cadwey.

—¡Mientes, maldito polizante! —exclamó Moyer, encolerizado—. Eres un miserable espía, te destrozaré a golpes.

Cliff actuó con vertiginosa celeridad. Con el codo propinó un fuerte golpe en el estómago de Weaver, y este se agachó gimiendo, mientras de sus dedos se escapaba un cuchillo. El muchacho no se equivocó en esta deducción; el pistolero estaba preparado para acuchillarle.

Se ladeó ligeramente y esquivó el puñetazo lanzado por Moyer. Seguidamente le golpeó en el mentón, haciéndole perder el equilibrio.

Varios puñetazos cayeron sobre él, pero respondió con energía, viendo como uno de sus adversarios caía aparatosamente. Trastabilló al recibir un golpe en la espalda. Recuperó el equilibrio a tiempo de ver ante él a Moyer con los puños preparados para triturarle.

Se agachó, evitando ser alcanzado por su temible enemigo. Entonces se acordó de las palabras de Tom, aquel individuo tenía el estómago flojo, siendo su punto flaco.

Y golpeó con furia. Moyer trató de cubrirse, pero ya era tarde. Sobre su estómago habían caído cuatro potentes golpes, sus piernas se doblaban cuando recibió el quinto, rodando por el muelle.

Cliff se enderezó para hacer frente a sus restantes adversarios, cuando Weaver levantó el brazo para hundirle el cuchillo en la espalda.

En el silencio de la noche, apenas truncado por el jadear de los luchadores, sonó una detonación.

Un alarido de muerte brotó de la garganta de Weaver. Se empinó sobre las puntas de sus pies, en un esfuerzo por sostenerse, pero el cuchillo se volvió a escapar de su mano y cayó pesadamente.

—¡Todos quietos! —ordenó una voz autoritaria.

Uno de los pistoleros echó a correr desesperadamente hacia el yate, pero Tom Lawton volvió a disparar. El facineroso pareció tropezar y cayó de bruces.

Cliff apenas podía contener su alegría al ver aparecer de forma tan providencial a su jefe. Esto significaba escapar de la muerte, cuando esta ya le estrechaba entre sus largos y fríos brazos.

Los tres pistoleros permanecían inmóviles con el terror reflejado en sus rostros. Ninguno de ellos parecía capaz de intentar resistir, y sus brazos se levantaron.

—Desármalos, Cliff —ordenó Tom con frialdad.

—Enseguida, Tom.

Se oyeron pitos de alarma, mientras algunos hombres se acercaban.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó uno de los recién llegados, sosteniendo un revólver y mirando con desconfianza a Tom.

—Soy el inspector Lawton. He detenido a estos malhechores.

—Muy bien, señor —respondió el hombre—. Le ayudaremos.

—Gracias.

Se acercó a Moyer. Este empezaba a incorporarse.

—Mal asunto, Moyer. Tan solo has estado unas horas en libertad, pero en esta ocasión tardarás mucho más tiempo en salir. Te lo prometo yo.

—¡Váyase al infierno!

—Esta vez no habrá salvación para ti. Hablarás claro, amigo.

Moyer ya no respondió. En sus ojos se reflejaba el odio y el terror.

Los tres forajidos fueron esposados, mientras Tom se inclinaba sobre el que intentó huir. Este no cesaba de gemir.

—Solo le he alcanzado en una pierna, hágale una cura provisional.

Esta orden estaba dirigida a uno de los guardianes.

De Weaver no se preocupó; pues tenía la seguridad de que estaba muerto. Disparó con esta intención, para evitar la alevosa muerte de Cliff. Aquel malvado no era merecedor de la menor compasión.

—¿Y Weaver? —preguntó el muchacho.

—No te preocupes por él, está muerto.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Cliff, ante la frialdad con que Tom pronunció estas palabras.

—Sí, me he visto precisado a hacerlo, te hubiera matado.

—Gracias, Tom. No sé cómo han logrado descubrirme.

—Son muy hábiles, muchacho. Ya te lo advertí.

—¿Cómo has podido intervenir con tanta oportunidad?

—Os he seguido. No me fiaba de Weaver, estaba convencido de que te tendía una celada. Tu cadáver hubiera aparecido en las aguas del puerto.

—Como el de Carl Burman.

—Exacto. Tu rostro también habría sido desfigurado por los golpes. El asesino no repara en víctima más o menos. Por todos los medios desea conservar la impunidad. No lo conseguirá.

Cliff miró a su amigo, quedando subyugado por la seguridad reflejada en su enérgico rostro.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tratar de descorrer el velo del misterio. No quiero darle una oportunidad de escapar, aunque sea muy hábil.

El joven preguntó a uno de los guardianes del puerto.

—¿A quién pertenece ese yate?

—Al señor Leonard Kelsey.

Cliff parpadeó sorprendido, mientras el semblante de Tom continuaba impasible.

—¿Hay mucha gente a bordo?

—Dos hombres, señor.

—Bien. Si hacen alguna pregunta, respóndanle que solo ha sido una redada de maleantes. Un servicio sin importancia. En forma alguna deben sospechar nada. ¿Me ha entendido?

—Sí, inspector Lawton.

—Buenas noches.

Se cuidaron de entregar a Stanley Moyer y sus compañeros a la policía. Estos quedaron a buen recaudo. Tom miró a Cliff.

—Ahora debemos ir a dormir. Nos conviene descansar unas horas, mañana tendremos mucho trabajo.

—De acuerdo.

—Te espero a las nueve.

—No te haré esperar.

Y se separaron. Tom hizo un gesto fatalista, nada pudo impedir su amistad con Cliff. No escarmentó con lo ocurrido con el pobre Richard, de nuevo volvería a sufrir por la suerte de su nuevo ayudante. Pero el muchacho lo merecía, era noble, valiente y muy inteligente, pese a ser un novato.

Apenas logró conciliar el sueño, pues su mente estuvo atareada en numerosos proyectos, todos ellos encaminados a descubrir al criminal. Además, estaba la encantadora figura de Florence. Sí, ya podía llamarla su novia, y cuando hubiese concluido aquel endemoniado caso, se casaría con ella.

Dejó caer el agua sobre su desnudo cuerpo, gozando con su contacto. Ya no sentía el menor descanso, estando presto a emprender la nueva y agotadora jornada, al parecer tan llena de inquietudes.

Desayunó y, tras cambiar algunas palabras con la señora Benedic y su nuera, se marchó.

Cliff no solo fue puntual, sino que se adelantó varios, minutos, estando esperándole en su despacho. Le saludó con un afectuoso y rápido golpe en el hombro. El muchacho sonrió.

—¿Has desayunado?

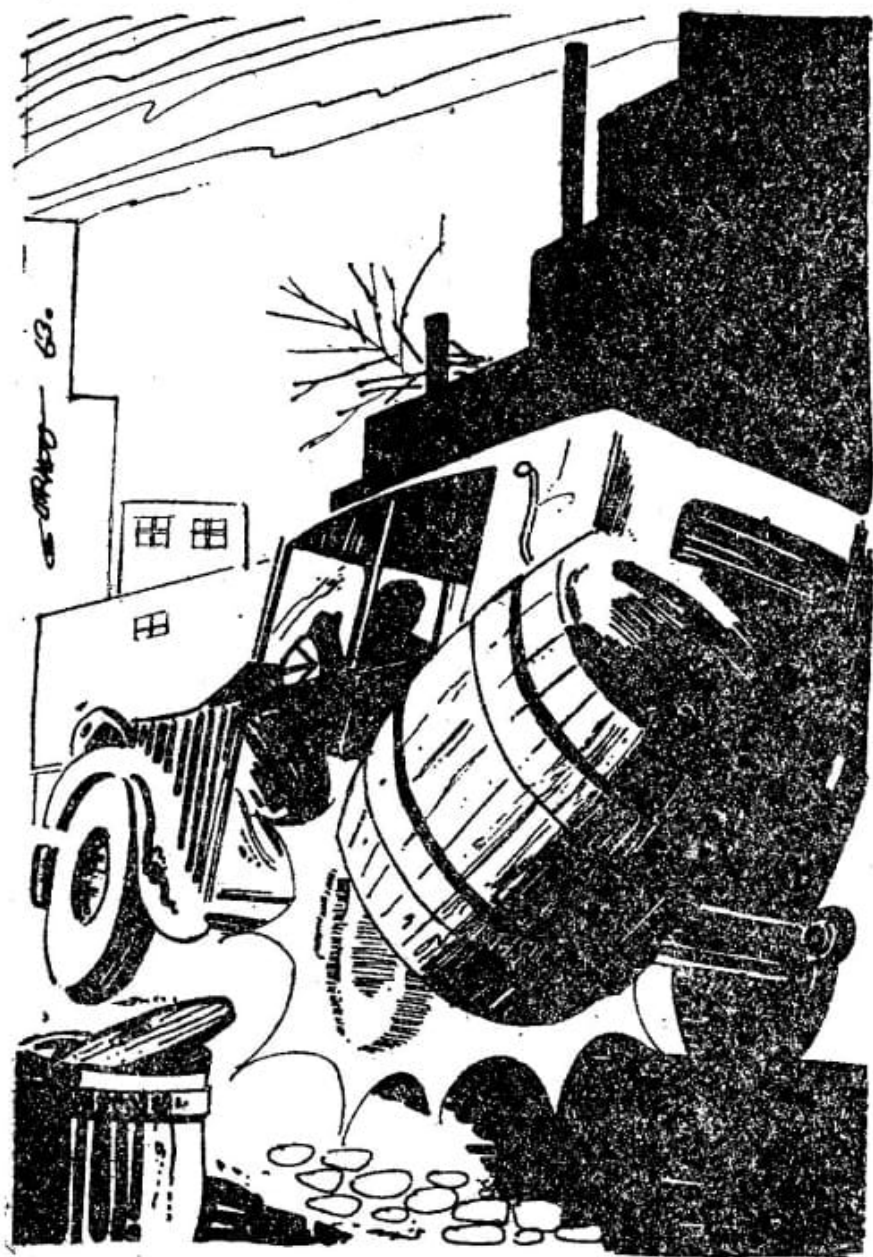
—Sí.

—Te conviene, tendremos mucho ajetreo.

Hizo dos llamadas telefónicas y se levantó.

—Vámonos, Cliff.

Montaron en el coche y Tom lo puso en marcha. No tardó en detenerse ante una magnífica mansión. Un criado acudió a su llamada. Trató de oponerse a la entrada del coche por el bien cuidado sendero; pero ante la enérgica actitud de Tom, accedió a abrir la verja.



El barril propinó un terrible golpe al coche

Minutos después eran recibidos por un hombre alto, delgado y ligeramente encorvado. Vestía con sencilla distinción y saludó a los dos jóvenes con una inclinación de cabeza.

—¿Es usted el inspector Lawton? —antes de que Tom pudiese responderle, inquirió—: ¿Qué desea de mí?

—Señor Kelsey, he venido a cumplir un penoso deber. Se trata de su hijo Leonard.

El millonario continuó impasible, aunque en sus ojos se reflejó una gran tristeza.

—¿Ha cometido alguna fechoría ese botarate?

—Sí, ha infringido la ley. Me veo precisado a detenerle.

—Lo temía, inspector. Nunca me ha hecho caso, dedicándose a holgazanear, cuando ha tenido la ocasión de dirigir una gran empresa. Quizá yo he tenido la culpa, por no haberme mostrado con mayor dureza. Yo...

Se interrumpió. Toda su entereza habíase derrumbado. Ya no quedaba nada del duro luchador, del hombre dedicado toda su vida al desarrollo de una gran empresa. En su lugar quedaba un pobre padre.

—Su hijo es culpable de tráfico de estupefacientes, señor Kelsey.

—¡Dios mío, hasta ese extremo ha llegado ese desdichado!

—En realidad no es culpable. Ha sido víctima de una cuadrilla de desaprensivos. Bajo amenazas se ha visto obligado a utilizar su yate.

—¿Cuál será su pena?

—Unos cinco años habiendo estos atenuantes. Quizá menos, si se encarga un buen abogado.

—Gracias, inspector.

—¿Haría el favor de avisar a su hijo?

—Enseguida estará aquí.

Y dio las órdenes necesarias a un criado.

—¿Desean una copa de Jerez, señores?

—No, gracias, señor Kelsey.

Los minutos transcurrieron con lentitud penosa, hasta aparecer la alta y elegante figura de Leo Kelsey en el umbral de la puerta. Palideció al ver a Tom Lawton. Avanzó con arrogancia.

—¿A qué ha venido a mí casa, inspector?

—A detenerle —replicó con dureza el joven Y, sin darle tiempo a reponerse, agregó—: Acusado de traficar en estupefacientes.

Toda la arrogancia de Leo Kelsey se derrumbó. Su rostro palideció intensamente y sus labios temblaron.

—¿Está usted bromeando?

—De ninguna manera. Su yate ha sido registrado.

Leo Kelsey miró a su padre. Este no le miraba, permaneciendo erguido,

como si lo que se desarrollaba ante él no le interesase.

—Papá, no soy culpable. Te lo prometo, esos canallas me obligaron.

Los ojos fríos del millonario se clavaron en él.

—A ningún hombre se le puede obligar a realizar un acto tan vil. El tráfico de esas drogas cuesta muchas vidas humanas. Es un delito denigrante y criminal.

—Me obligaron. Burman y Beaumont me protegieron cuando atropellé a un hombre, conduciendo embriagado. Con esa amenaza suspendida sobre mi cabeza me obligaron a utilizar mi yate para conducir las drogas hasta su almacén.

—No hubo tal atropello, Kelsey —dijo Tom, sonriendo levemente—. Le engañaron para poderle utilizar como cómplice. ¿A quién temía más?

—A Beaumont. Es odioso y cruel. Jamás dejó de atormentarme. Siempre insinuaba denunciar a la policía lo ocurrido. ¡He sido un imbécil!

—¿Estaba enterado de la muerte de Carl Burman?

—No.

Leo Kelsey era sincero. Su expresión denotaba su estupor.

—Bien, acompáñeme a su yate, Kelsey.

—¿Estoy detenido?

—Sí.

El joven se irguió y avanzó hasta su padre. Se detuvo indeciso y al fin habló.

—Perdóname, papá. Me he portado como un insensato. Estoy arrepentido; cuando salga de esta mi conducta será muy distinta. Te lo prometo.

El millonario estaba conmovido, abrió los brazos y estrechó en ellos a su hijo. Después lo separó con firmeza.

—Muchas gracias, inspector Kelsey. Le estoy muy agradecido.

El joven estrechó la mano del millonario. Él también estaba conmovido. En silencio salieron de la casa.

—No es necesario que busque su coche, vendrá con nosotros.

—Estoy a su disposición. Olvídese de mi conducta, estoy arrepentido. Me he portado como un insensato.

Tom emprendió la marcha, haciéndolo a gran velocidad, deseando llegar cuanto antes al puerto. Cuando llegaron, el yate ya había sido ocupado por la policía. El registro ya había sido efectuado y la droga estaba a disposición de las autoridades. Todo se hizo con el mayor sigilo, obedeciendo las instrucciones de Tom.

Kelsey fue entregado al comisario. Tom y Cliff se despidieron.

La mansión encomendada a Richard Brooks ya estaba cumplida. Ahora solo faltaba capturar a su asesino siendo probable fuese el mismo Carl Burman y Stella Barnes.

CAPÍTULO IX

De nuevo Tom puso en marcha su coche. Deseaba estar cuanto antes frente a Jack Beaumont.

Acababa de salir del puerto cuando se vio precisado a hacer una brusca maniobra. Se encontraba en una estrecha callejuela, de pronunciada pendiente. Un enorme barril descendía de improviso contra el automóvil.

Gracias a su prodigiosa serenidad y haberse dado cuenta a tiempo del inesperado peligro, Tom logró detener el coche, inclinándolo hacia un lado. No obstante, el barril tropezó violentamente en la parte posterior, produciendo una terrible sacudida.

Un cristal se rompió, causando un corte en la frente de Cliff. Tom solo notó un golpe en una pierna, pero no le concedió importancia. Sus ojos estaban fijos en su acompañante.

—¿Cómo te encuentras, Cliff? —preguntó angustiado al ver deslizarse la sangre por el rostro del joven.

—Bien, Tom. No es nada, un simple corte.

—Menos mal.

—¿Qué diablos habrá ocurrido?

E hizo ademán de abrir la portezuela y saltar al exterior. La mano de Tom le aferró por el hombro, evitándolo.

—Quieto, muchacho. Esos asesinos te acribillarán a balazos.

—¿No ha sido un accidente?

—Preparado por la mente diabólica de Beaumont. Ya está enterado, no será fácil sorprenderle.

—No podemos permanecer aquí dentro todo el día, Tom.

—Naturalmente —asintió el joven inspector—. Pero de ninguna manera vamos a servir de blanco a esos asesinos.

Y en su mano apareció su pistola. Cliff le imitó.

Los minutos transcurrieron con lentitud. La calle continuaba solitaria, como si nadie se hubiera dado cuenta del accidente. Y aparecieron dos hombres, avanzando con cautela hacia el coche.

—Ya están ahí, Cliff. Hubiéramos sido fáciles víctimas.

El muchacho asintió en silencio. Ahora se daba cuenta de que aún le faltaba mucho que aprender para ser un buen agente del Servicio Secreto.

El brazo derecho de Tom apareció armado por la ventanilla. Sin vacilar apretó el gatillo. Un pistolero se detuvo bruscamente y dio media vuelta, cayendo de bruces.

La inesperada muerte de su compañero, atemorizó al otro pistolero. Sin pensarlo retrocedió corriendo, buscando la salvación en la huida.

Permanecer un segundo más en aquel lugar habría significado ser alcanzado por un balazo.

Tom volvió a disparar, pero la rápida carrera de su enemigo le hizo errar. Cliff se dispuso a salir y correr en su persecución. De nuevo le contuvo la mano de su jefe.

—No salgas. Todavía es peligroso; cuidado con las balas.

Y le obligó a agacharse. Él también lo hizo. Fue a tiempo, pues varios proyectiles se estrellaron en el parabrisas.

—¡Tiran a dar! —exclamó Cliff, sorprendido—. ¿Desde dónde disparan?

Con una muda indicación, Tom señaló un tejado próximo.

—Han tomado muy bien las precauciones —observó el muchacho.

—Sí, tienen gran empeño en no dejarnos escapar con vida.

—Pueden conseguirlo.

—No lo creo, si no cometemos una tontería. El tiroteo no puede durar, pues no tardará en acudir la policía, viéndose obligado a huir.

—Van afinando la puntería —dijo Cliff al oír un siniestro silbido junto a su oreja.

Y disparó. Lo hizo a ciegas, en la dirección indicada por Tom. Este también hizo lo mismo, logrando aminorar considerablemente los disparos de los forajidos, no siendo su puntería tan temible. Al oponer resistencia, obligaba a los pistoleros a adoptar mayores precauciones.

Se oyeron estridentes sirenas, cesando el fuego de sus enemigos. Tal como había dicho Tom, la llegada de la policía obligó a huir a los malhechores.

Los policías se apresuraron a correr hacia el tejado desde el cual dispararon los bandidos. Sus gestiones para localizarlos fueron inútiles, pues habían desaparecido.

Tom y Cliff salieron del coche. El joven le lanzó una rápida mirada. Los desperfectos sufridos no eran graves, pues podía continuar funcionando. El motor no sufrió el menor daño, la carrocería trasera estaba abollada, debido al rudo choque con el barril. Cristales rotos y el parabrisas perforado por los balazos.

Un sargento de policía saludó cordialmente a Tom, interesándose por lo ocurrido. El joven le respondió con brevedad y examinaron al caído pistolero. Este estaba muerto, el balazo le destrozó la cabeza. Se trataba de un conocido delincuente, cuya identidad no aclaraba nada.

—No podrá llevarse el coche, Lawton. Está casi destrozado.

—Me lo llevaré, debo hacer unas gestiones muy importantes. No puedo perder tiempo.

—¿Ya le funcionará?

—Supongo que sí, me arriesgaré.

—Debería llevarlo a reparar, ya le prestarán otro.

—No nos podemos entretener.

De nuevo se metieron en el coche. Tom probó de arrancar y el coche le respondió bien. Cliff no pudo menos que comentar:

—Nunca lo hubiese creído.

—Este coche es una joya, pese a tener un exterior francamente ruinoso. Le tengo un gran afecto.

—¿A dónde vamos?

—A hacer una visita a un viejo amigo; Jack Beaumont.

—¿Lo detendremos?

—Desde luego. Cuento con varias acusaciones contra él. Tráfico de estupefacientes, sospechoso de asesinato e intento frustrado de acabar con nosotros.

—¿Tienes pruebas?

—Sí.

Cliff sonrió satisfecho al oír la firme contestación de su jefe. El ansiaba echar la mano encima a aquel miserable y hacerle pagar caro sus crímenes.

De improviso, Tom detuvo el coche frente a una cabina telefónica pública. Saltó del coche, mientras decía:

—Debo hacer una llamada urgente.

—Dale recuerdos a Florence de mi parte —respondió el muchacho, sonriendo.

El inspector Lawton se volvió como si le acabase de picar una víbora. La expresión de su rostro era amenazadora.

—¿Por qué has hecho esa insinuación, Cliff? —inquirió entre dientes.

—No he querido ofenderte, Tom. Solo se trataba de una broma.

Las enérgicas facciones del joven se suavizaron, entreabriéndose sus labios en una leve sonrisa.

—Está bien, se los daré de tu parte.

Cliff se dejó caer sobre el respaldo aliviado; por un instante temió ser agredido por su jefe. Se consideraba fuerte y no temía a nadie, pero no le hubiese gustado contender con Tom. Se trataba de un duro y hábil luchador, capaz de vencerle.

Antes de entrar en la cabina, Tom se detuvo. Toda su jovialidad desapareció. En un lugar parecido a aquel fue muerto Richard. Aún le parecía verle, con los dedos crispados por la muerte, como si tratase de volver a coger el auricular y comunicar a sus superiores el descubrimiento realizado.

Movió la cabeza con energía y entró en la cabina. Echó una moneda en la ranura y marcó un número. Le respondió una voz desconocida.

—¿Haría el favor de avisar a la señorita Hume?

—Espere un momento, enseguida se pondrá.

—Gracias.

Maquinalmente se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió. Apenas había lanzado una bocanada de humo cuando, a través del hilo, le

llegó la voz argentina de Florence.

—¿Qué desea?

—Soy yo, Florence. Tom.

El joven oyó una contenida exclamación de alegría. Después la voz vibrante de su amada.

—Me alegro de que me hayas llamado, cariño.

—Escúchame con atención. No salgas de casa, Beaumont está acorralado y puede intentar algo contra ti.

—¿Es posible, Tom?

—Sí. Las acusaciones contra él son muy graves y debe estar enloquecido. Es capaz de cometer cualquier disparate.

—No saldré a la calle. Ten cuidado.

—Hasta la vista, chica.

Y colgó. Se encontraba más tranquilizado. La recomendación hecha a la muchacha no se debía a un temor infundado, nacido de su amor hacia ella, sino por creerlo posible. Beaumont se sabía descubierto, pues probablemente fue testigo de la intervención de la policía en el yate de Leo Kelsey. Intentó acabar con él en aquella callejuela, realizando la hábil y vil tentativa de arrojarle encima el enorme barril. Al fracasar, sus pistoleros dispararon contra él y Cliff.

★ ★ ★

Florence colgó y dejó escapar un suspiro. Tom la amaba, su declaración apasionada e inesperada no se debía a un momento de exaltación, sino a un cariño profundo y verdadero. Lo demostraba su interés por ella.

Resultaba absurdo que Jack Beaumont, en su comprometida situación se acordase de ella, y menos aún tratase de raptarla. Pues esto hacía suponer las palabras de su novio.

Le obedecería, pese a no creerle. En realidad no iba a salir, no costándole ningún esfuerzo cumplir su orden. Se trataba de un inspector del Servicio Secreto y su deber era acatar sus instrucciones.

—¿Era tu novio, Florence?

—Sí, Mae.

—Te has quedado encantada, chiquilla —comentó Mae, una bonita pelirroja, sonriendo.

Florence reaccionó y trató de sonreír.

—Nos casaremos pronto.

—Eso ya me lo dijiste anoche. ¿Lo has olvidado?

—No lo sé; Todavía estoy sorprendida, como si todo hubiese sido un sueño.

—Despiértate, Florence —se burló su amiga—. ¿Vas a salir esta mañana?

—No, se lo he prometido a Tom.

—Ya se muestra exigente. Los hombres son inaguantables, yo jamás me someteré a ninguno de ellos.

Y Mae hizo un mohín desdeñoso.

—Porque no te has enamorado, Mae. Cuándo eso te ocurra obedecerás sin darte cuenta. Además, Tom lo ha hecho por mí bien, cree que me amenaza un grave peligro.

La pelirroja se echó a reír.

—¿Un grave peligro? Tu novio tiene una gran imaginación.

—No lo creas.

Y Florence entró en su habitación, para reanudar la tarea de dejarla en orden.

Apenas había transcurrido media hora cuando sonó el timbre de la puerta. No hizo caso al oír los pasos de Mae. Su amiga abriría la puerta, no debiendo preocuparse.

Se estremeció al oír la voz de Mae. Le dio la sensación de estar indignada y asustada.

—¿Qué quieren ustedes? ¡Hagan el favor de salir!

Florence, alarmada, corrió hacia el recibidor, deteniéndose sorprendida al ver cómo un hombre sujetaba a Mae con fuerza. Al principio no le reconoció, a pesar de parecerle sus facciones familiares. Pero enseguida le recordó. Era Larrigan, el *barman*. Su calva estaba cubierta por un sombrero, dándole un aspecto distinto.

—¿Qué hace en mi casa, Larrigan? —inquirió con energía—. Haga el favor de soltar a mí amiga.

No fue obedecida. Larrigan, sin responder, continuaba sujetando a Mae. La puerta estaba cerrada. La joven hizo un movimiento para dirigirse a ella y abrirla. Su intención era pedir ayuda ante aquella inesperada situación.

Se sobresaltó al oír una voz burlona.

—¿Qué vas a hacer, Florence? ¿Acaso no te alegras de volverme a ver?

Se volvió asustada. A su lado estaba Jack Beaumont, sonriendo de forma extraña. No le había visto por estar arrimado a la pared. Intentó correr, pero él la asió con fuerza por el brazo.

—No intentes gritar, sería peor.

Y le mostró un cuchillo. Florence no se pudo contener.

—Es capaz de matarme, igual que hizo con Stella Baines.

El correcto semblante de Beaumont se ensombreció, poniéndose de manifiesto que uno de sus ojos era más pequeño. Esto le dio un aspecto siniestro, muy distinto de su acostumbrada afabilidad.

—¡Yo no he matado a Stella Baines! —exclamó con voz ronca—. Pero no tendré inconveniente en matarte. ¿Me has entendido, Florence?

La muchacha no tuvo fuerzas para responder, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Me obedecerás. Haremos un viaje juntos y confío que te resultará

agradable.

Mae continuaba forcejeando con Larrigan. Al oír estas palabras gritó furiosa:

—¡Usted no se llevará a Florence!

Larrigan la abofeteó con rudeza, mientras mascullaba:

—¡Cállate, preciosidad!

La pelirroja sollozó y ya no trató de abatirse, sometiéndose a la presión del *barman*. Este la obligó a entrar en la habitación de Florence y la lanzó con violencia sobre el lecho. La falda de Mae se arremolinó, mostrando sus bonitas piernas. Los ojos de Larrigan fulguraron codiciosos. Soltó una carcajada.

—Lástima que no pueda entretenerme, preciosidad.

La joven se apresuró a cubrirse las piernas, mientras su rostro se contraía de horror.

Larrigan cerró la puerta y asintió al oír la orden de Beaumont.

—Arranca el hilo del teléfono.

Con brutalidad arrancó el cordón; de esta forma Mae no podría pedir socorro. Beaumont no parecía tener excesiva prisa y con un rápido movimiento acarició la mejilla de Florence. La muchacha echó la cabeza hacia atrás para evitarlo, sin poderlo conseguir.

—Tom le matará por esto.

—Tu prometido no me encontrará, no tardaremos en estar fuera de California. Se creé muy listo, pero no lo es. Irá a mí casa y la encontrará vacía. ¡Es un iluso!

Y se echó a reír, regocijado por el significado de sus palabras.

—¿Por qué me lleva con usted?

—Siempre me has gustado. Burman se oponía, pues Kelsey sentíase atraído hacia ti, y nos convenía dominarle. Cuando Burman desapareció ya fue distinto, me convertí en el dueño, de la situación.

—Se ha quedado en la ruina, Tom ha puesto al descubierto sus maquinaciones.

—Sí, debo confesarlo. Pero he sido precavido y tengo reunida una importante cantidad. Marcharemos a Méjico y lo pasaremos muy bien. Lawton no se atreverá a perseguirme pues sabe que soy capaz de matarte.

—Tom cumplirá con su deber. Yo no seré un obstáculo para ello.

Por unos segundos Beaumont permaneció silencioso, impresionado por las palabras de la muchacha. Esta había dicho la verdad, conocía el carácter inflexible de Tom Lawton, y no se detendría ante el peligro que pudiese correr su amada. Seguiría adelante, en el cumplimiento de su deber.

Quizá cometió una tontería en entretenerse en llevarse consigo a Florence, debiendo huir con la mayor rapidez posible. Ahora ya estaba hecho y la muchacha le serviría como escudo. Además, sentíase

enloquecido por sus encantos.

—Tom Lawton no volverá a vernos —afirmó con gran seguridad.

Larrigan miró a su alrededor. Su aspecto no denotaba una gran firmeza.

—Vámonos, Beaumont. No debemos entretenernos más.

Beaumont asintió y apretó el brazo de Florence.

—Ni un grito o te mato. No vacilaré en hacerlo, puedes tener la seguridad.

—¿No me cambio de ropa? —preguntó la muchacha.

—Sí, esa bata no es muy a propósito para ir de viaje. Sácale la ropa, Larrigan.

Este volvió a entrar en la habitación. Mae le miró asustada, temiendo ser agredida por él, pero el *barman* se limitó a coger la ropa de Florence.

La joven tuvo que pasar por la humillación de cambiarse delante de los malhechores. Las miradas de estos estaban posadas sobre ella codiciosas. Larrigan abrió la puerta y salió, seguido de Beaumont y Florence.

Mae tan pronto se encontró sola, se apresuró a salir. Su mirada se posó en el destrozado teléfono. No podría llamar a nadie. Corrió hacia la puerta y forcejeó para abrirla. Todo inútil; Beaumont tuvo la precaución de cerrarla con llave.

La golpeó con fuerza, tratando de llamar la atención. Las lágrimas descendieron por sus mejillas, al comprender la inutilidad de sus esfuerzos. Su amiga había sido raptada por aquellos miserables, encontrándose en un grave peligro.

Ahora comprendía que no eran exagerados los temores del inspector Lawton. El novio de Florence ya sospechó algo parecido, por eso le recomendó no saliese de su casa. No obstante, los malhechores se mostraron más audaces, yendo a buscarla.

Desesperadamente volvió a golpear la puerta. Ya no esperaba obtener ayuda, cuando oyó una voz:

—¿Qué le ocurre?

—Haga el favor de abrir la puerta. Me han encerrado.

Siguieron confusas preguntas y Mae insistió. En la casa se armó un gran revuelo, no tardando en ser forzada la puerta. Mae no se entretuvo, yendo en busca de un teléfono, comunicando a la policía el rapto de Florence. Seguidamente suplicó lo comunicasen al inspector Lawton.

CAPÍTULO X

Tom ya no se entretuvo hasta llegar al domicilio de Jack Beaumont. No mostró sorpresa alguna al ver el lujoso departamento vacío. Todo cuanto le rodeaba indicaba, con elocuente claridad, la prisa del pistolero por marcharse.

Algunos objetos aparecían tirados por el suelo. Ninguno de ellos tenía importancia, careciendo de valor. Beaumont ya no volvería.

Fue al teléfono para hacer una llamada y sonrió con sarcasmo.

Este estaba destrozado. Su enemigo no deseaba darle ninguna ventaja. Cliff se extrañó de no verle prorrumper en ninguna exclamación de contrariedad, no mostrándose sorprendido ante el aspecto que ofrecía el piso.

—Ya ha huido Beaumont, será cuestión de avisar y poner vigilancia por las carreteras.

—Es una excelente medida, Cliff. Pero tengo la seguridad de encontrar a ese miserable. No logrará escaparse, te lo prometo.

Salieron en busca del coche. Este llamaba la atención por su destrozado aspecto, y los impactos de las balas mostrados con claridad en su parabrisas. Un agente se le acercó.

—¿Es suyo ese coche, señor?

—Sí, soy el inspector Lawton.

—¿Necesita ayuda, señor? —preguntó, inclinándose ligeramente.

—No, no. Muchas gracias, agente.

De nuevo se detuvo Tom al divisar una cabina telefónica. Cliff le preguntó:

—¿Vas a telefonar de nuevo?

—Sí, no estoy tranquilo. No lo sé, pero noto algo extraño.

El muchacho le miró sorprendido. Nunca creyó a su jefe capaz de impresionarse por un presentimiento, y menos aún no teniendo motivos sobre que fundarlo.

Tom introdujo un níquel y marcó el número. No oyó señal alguna, ni siquiera el sonido característico de estar comunicando. La moneda cayó y la cogió, mirándola aturdido. Realizó la misma operación obteniendo idéntico resultado.

¿Qué habría ocurrido con el teléfono de Florence? Instintivamente recordó el aparato de Beaumont. ¿Estaría el de su amada en las mismas condiciones? Se estremeció y sus mandíbulas se crisparon.

Se dirigió al coche. Cliff se hallaba reclinado contra el respaldo fumando con indolencia. Al verle se Irguió con brusquedad.

—¿Ha ocurrido algo, Tom?

—Lo imaginaba. Mataré a ese cerdo —masculló el joven.

—¿Qué ha sucedido? Dime alguna cosa —insistió al verle sumido en un hosco silencio, tras haber puesto en marcha el coche.

—No lo sé. Pero temo que Beaumont haya secuestrado a Florence.

—No es posible.

—Sí, lo es. El teléfono no ha contestado, está estropeado.

—Eso es. No tienes motivo para preocuparte.

—Hará media hora funcionó bien. Te acuerdas del teléfono de Beaumont. Estaba arrancado el cordón y el auricular golpeado. Me apostaría cualquier cosa que el de Florence se encuentra en el mismo estado. ¡Mataré a ese canalla!

Cliff no respondió. Cuanto dijese sería inútil, no logrando calmar a su jefe. Le miró de soslayo, viéndole con el ceño fruncido y la mirada al frente. Tuvo la sensación de haber perdido la noción de cuanto le rodeaba, pensando tan solo en su amada.

En aquel estado de ánimo podía ocurrir una catástrofe, pues podían sufrir un accidente, llevando el coche a tanta velocidad. Cliff se intranquilizó; no le importaba exponer su vida, existiendo algo que lo justificase, pero no como en aquella circunstancia.

De improviso surgió un obstáculo ante el coche. Cliff fue a cerrar los ojos, para no ver el choque. Aquello ya no tenía remedio. Tan solo un experto conductor podía evitar el obstáculo, estando pendiente del volante.

Pero Tom movió el volante con maravillosa precisión, salvando el obstáculo. Cliff le miró sorprendido, comprendiendo el maravilloso dominio que Tom ejercía sobre sus nervios. Ni aun en las mayores dificultades perdía el control de sus actos.

Se detuvo en una callejuela y saltó ágilmente afuera. Cliff se apresuró a imitarle.

—Quédate aquí, Cliff.

—¿A dónde vas?

—A un superior nunca se le hace esa pregunta... Voy a lamentar haberte dado tanta confianza.

—Puedes exponerte de forma innecesaria; mi ayuda puede serte útil.

—Si te ordeno que te quedes es por juzgarlo conveniente.

Cliff bajó la cabeza, dolorido por la injusta reprimenda. Tom movió la cabeza, pesaroso por haberle hablado con tanta rudeza. El muchacho no se lo merecía, pues todo su afán se concentraba en serle útil. Le dio un golpe en el hombro.

—Está bien, acompáñame. Pero debes tener mucho cuidado, cualquier indiscreción puede sernos fatal. Beaumont está decidido a todo.

—Tendré cuidado, Tom. Me limitaré a obedecerte.

Tom anduvo con rapidez hasta llegar a una casa de humilde aspecto. La

observó de un rápido vistazo.

—Aquí tiene Beaumont su verdadera guarida. Dios quiera que no haya huido, se llevará una buena sorpresa. Ignora que conozco su refugio, le hice seguir por un muchacho e incluso tengo una llave, pues sacó un molde de la cerradura.

No obtuvo respuesta, pues Cliff se hallaba sorprendido por la previsión de su jefe. En cuanto empezó a recelar de Beaumont, le sometió a una estrecha vigilancia, enterándose de todos sus movimientos.

Se detuvieron en la esquina unos segundos, observando cuanto les rodeaba. Cuando tuvieron la seguridad de no ser vistos, entraron en la casa. Subieron los peldaños con cautela, atentos a cualquier rumor delator. Tom se detuvo en el segundo piso e hizo una seña a Cliff. Este se colocó a un lado de la puerta señalada por su jefe.

Tom ya no vaciló e introdujo la llave en la cerradura, haciéndola girar con decisión. Abrió con rapidez y se halló en un oscuro recibidor. Hasta él no llegó ningún ruido y avanzó.

—Cierra la puerta, Cliff —susurró.

Fue obedecido. Se internó en el piso, teniendo la seguridad de no haber nadie.

Inmediatamente procedió a hacer un registro. Su corazón apenas latía, tanta era su emoción. Enseguida se tranquilizó, comprendiendo que no había llegado tarde. En una salita había un pequeño equipaje. Jack Beaumont no tardaría en estar allí, para recoger el producto de sus fechorías. Es decir, lo que logró salvar del desastre.

La espera no fue larga, apenas diez minutos. Se oyó el ruido de la puerta al abrirse y la voz burlona de Beaumont.

—Pasa, preciosidad. El piso es feo, pero solo estaremos en él el tiempo necesario para recoger el botín. Lo pasaremos muy bien en Méjico. ¿Verdad, Larrigan?

—Sí, pero ya me gustaría estar fuera de San Francisco.

—No seas impulsivo. Cuando se enteren de nuestra desaparición ya estaremos navegando.

—No estoy tranquilo, Beaumont.

—¡Cállate, pareces un ave de mal agüero! —rugió el pistolero enfureciéndose—. Habría sido preferible eliminar a Lawton, pero no ha podido ser.

Tan pronto encendió la luz de la salita, Beaumont lanzó un rugido de ira, mientras estrechaba a Florence contra su cuerpo, habiendo empuñado su pistola.

Larrigan no pudo hacer movimiento alguno, pues Cliff cayó sobre él y con un formidable directo lo arrojó contra la pared. Permaneció erguido, con la mirada extraviada; después se deslizó hasta quedar sentado.

—Muy hábil, Lawton —comentó Beaumont, sonriendo de forma

sinistra—. Con que ha descubierto mi escondite, ¿eh?

El joven le encañonaba, pero permanecía rígido. El pistolero tenía apoyada su pistola en la espalda de Florence, dispuesto a apretar el gatillo.

—Está muy callado, inspector —se burló el malvado—. ¿Por qué no me obliga a levantar los brazos? ¿No se atreve a disparar?

Tom se maldijo por su torpeza, pues no tuvo tiempo de caer sobre aquel miserable y librar a su amada de su amenaza. Beaumont siempre estaba prevenido y ahora se escudaba tras el cuerpo de Florence.

—Todavía soy el dueño de la situación, Lawton. Suelte la pistola o disparo. Su novia es muy linda, sería lamentable matarla.

El joven vaciló, su deber era disparar sobre el malvado, sin importarle la suerte de su amada. Su terrible lucha apenas duró un segundo, dejando caer el arma.

Beaumont soltó una carcajada.

—Eso ya está mejor, Lawton. No es usted tan inflexible como llegué a temer. Todas las personas tienen un punto flaco y he encontrado el suyo.

Ahora miró a Cliff. El muchacho permanecía en actitud indecisa.

—Vamos, cachorro, más atrás... No me gusta verte tan cerca.

El muchacho cambió una rápida mirada con Tom, el cual asintió. Retrocedió dos pasos.

—Esto ya está mejor. Le voy a matar, Lawton. Siempre he deseado llegar a esta situación; hasta doy por bien perdidos mis beneficios.

Y Beaumont sonreía de forma diabólica.

El silencio era tenso.

De nuevo fue roto por la voz burlona de Beaumont.

—Siempre le he odiado, Lawton. Cuando me detuvo le hubiera hecho pedazos entre mis manos —la voz del pistolero fue exaltándose—. Cada vez que le veía, debía hacer un esfuerzo para no encañonarle y disparar. Cuando me derribó de un puñetazo, debí sonreír; pero ahora ya ha llegado mi ocasión. Un balazo y todo habrá terminado. También mataré a ese joven sabueso.

Y lanzó una carcajada, que resonó lúgubrementemente ante las cuatro paredes.

Apretando con fuerza el brazo de la muchacha, la separó de su lado mientras su pistola aparecía al descubierto, encañonando a Tom. Estaba dispuesto a apretar el gatillo.

Pero tan pronto hubo hecho este movimiento, cuando un cuerpo enorme cruzó la estancia, y Beaumont se vio obligado a cambiar la trayectoria de su pistola y apretó el gatillo. El balazo se incrustó en un brazo de Cliff, pero no bastó para detener el salto del muchacho, cayendo sobre el forajido con terrible violencia.

Beaumont rodó por el suelo ante el contundente encontronazo con Cliff. Florence también cayó, aunque el miserable se vio obligado a soltarla.

Tom fue a acudir en ayuda del muchacho, pero desistió de hacerlo, pues Cliff, con dos certeros y potentes golpes, dejó inconsciente a su adversario. Se limitó a coger las dos pistolas, la suya y la de Beaumont. Después ayudó a levantar a la muchacha, quien le rodeó el cuello con sus brazos.

Larrigan ya había recobrado el conocimiento. Sus asustados ojos estaban fijos en el cuerpo inerte de Beaumont. Intentó levantarse y echar a correr, conteniéndose al oír la voz amenazadora de Tom.

—¡Quieto, Larrigan! Te estoy encañonando.

—Yo no he hecho nada, Lawton. Beaumont me obligó...

—Cállate, Larrigan. Ya declararás ante el juez, tus lamentaciones no sirven para nada.

El *barman* se calló amedrantado. Su situación era desesperada, pues existía el testimonio de las dos mujeres. Nadie podría librarle de ir a presidio, si no le conducían a la cámara de gas. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Beaumont lanzó un gemido e intentó incorporarse. Cliff le sujetó con fuerza, impidiéndole todo movimiento.

—¿Cómo se encuentra, Beaumont? —preguntó Tom con dureza.

No obtuvo contestación. Jack Beaumont miraba obstinadamente ante sí. Cliff no parecía notar el dolor de la herida, continuando sujetándole con firmeza.

—¿Es, grave la herida, Cliff?

—No, tan solo ha sido una rozadura —repuso el muchacho con indiferencia. En realidad apenas le dolía.

Florence se le acercó, Tom le lanzó su pañuelo, anudándolo alrededor del brazo del agente. Cliff sonrió; toda su atención estaba concentrada en Beaumont.

—Gracias, Florence.

—Se ha portado muy bien. De no ser por usted habrían matado a Tom.

—No lo crea. Solo me he anticipado a él, mi jefe siempre tiene recursos insospechados. He aprendido mucho en estos días a su lado.

Beaumont fue obligado a levantarse. Tom se le aproximó, observándole con fijeza.

—Ya se ha acabado su carrera de crímenes. No volverá a matar a nadie. La justicia vengará a Richard Brooks, Carl Barman y Stella Baines. Tres víctimas en pocos días, todo un “record”, Beaumont.

—Usted sabe que yo no he cometido esos asesinatos. No trate de colocármelos.

—¿No? No puedo creerlo, todos los indicios recaen sobre usted. Richard Brooks descubrió las drogas en su almacén y nos lo iba a comunicar. Usted disparó contra él cuando se hallaba en una cabina telefónica. No le dio una oportunidad para defenderse.

—No fui yo; se lo juro.

—Después mató a Carl Burman —prosiguió Tom implacable—. Burman estaba asustado y representaba un peligro. Con su eliminación el “Sombrero de copa” pasaba a su poder por entero. Pero quedaba Stella Baines, en realidad Stella Burman desde hacía dos semanas. Stella podía denunciarle a la policía, pues amaba a su esposo. Y la mató.

—No es cierto. Yo no he matado a nadie.

—También intentó matar a Cliff Benson, no haciéndolo por llegar a tiempo. Hace unos minutos deseaba matarme, disparando contra Cliff por tratar de evitarlo.

—Solo me puede acusar de esto, de lo demás soy inocente —Beaumont se iba exaltando, dominado por el temor—. Cada uno debe pagar sus culpas. Yo no he matado a Burman ni a nadie.

—Entonces... ¿quién ha sido? —preguntó Tom, mirando con fijeza al miserable.

—Ha sido...

La voz se quebró en la garganta de Jack Beaumont, mientras una detonación retumbaba en el piso. El dueño del “Sombrero de copa” se irguió sobre las puntas de los pies, mientras su rostro se cubría de sangre. Esta descendía de un negro orificio aparecido en su sien derecha.

Cliff no pudo evitarlo. El cuerpo de Beaumont se le escapó de la mano, desplomándose sobre el suelo. Quedó tendido de bruces, con los músculos agarrotados por la muerte.

Se oyeron unos pasos rápidos y cerrarse la puerta con estrépito. Tom se lanzó como una exhalación tras el asesino. Cuando llegó a la calle solo tuvo tiempo de ver desaparecer un coche por la esquina más próxima. Era inútil intentar la persecución, pues en cuanto llegase a su coche, el criminal estaría muy lejos.

Llamaron a la policía. Se interrogó a Larrigan, siendo inútil, ya que desconocía por completo la identidad del misterioso jefe de la cuadrilla. Cliff se encaminó al dispensario más próximo, para ser objeto de una minuciosa cura.

Tom acompañó a Florence a su casa. Mae la recibió con grandes muestras de alegría; incluso abrazó al joven.

—Cuando termine este caso, solicitaré siete días de permiso a mis superiores y nos casaremos, Florence.

—¿Te lo concederán? —preguntó la muchacha ruborizándose.

—Naturalmente. No se atreverán a negármelo.

Los dos jóvenes se besaron, mientras Mae sonreía maliciosamente.

* * *

Cliff Benson entró en el despacho de su jefe con el brazo en cabestrillo. La herida no era importante, pero durante dos días debía llevar el brazo descansado; de esta forma se curaría antes.

—Das la impresión de haber llegado de Corea, Cliff —se burló Tom.

—No es nada —respondió el muchacho haciendo una mueca—. Esos médicos están cargados de manías.

—Solo es por tu bien.

—No me gusta ir de esta forma. Me da la impresión de estar inutilizado.

—Dos días se pasan pronto, muchacho. Vamos a tomar café.

Y sin esperar respuesta se dirigió hacia la puerta. Cliff se apresuró a seguirle.

Sam les recibió con una afable sonrisa.

—Os felicito. Habéis obtenido un gran éxito, Richard Brooks ha sido vengado.

—Te equivocas, Sam. El asesino de Richard todavía anda suelto. No descansaré hasta verle en la cámara de gas.

—¿Cómo? ¿No ha sido Jack Beaumont el asesino? —exclamó Sam sorprendido.

—No. Beaumont solo era un instrumento del verdadero jefe de la cuadrilla. Este todavía está en libertad.

—Un tipo muy astuto —comentó el *barman*.

—Sí, pero no logrará escapar. Lo tengo localizado, ¿me has entendido, Sam?

—Sí, perfectamente. Siempre te he admirado, eres muy hábil. Los dos me acompañaréis hasta la puerta. Ni un solo movimiento, os estoy encañonando.

Cliff se quedó con la boca abierta, inmovilizado por el asombro. Tom permaneció tranquilo, no expresando el menor temor.

—Estás cometiendo un error, Sam. No lograrás escapar.

—Eso ya lo veremos. Lo tengo todo preparado para huir. No me gustó que me viese salir del “Sombrero de copa”. No intentes hacer ninguna tontería, pues dispararé a matar.

—Ya no viene de un asesinato.

—Así es. Me fue muy fácil matar a Richard. No sospeché de mí cuando abrí la puerta de la cabina. En cuanto a Sumían y Stella resultó muy sencillo. Burman cometió el error de asustarse convirtiéndose en un peligro para mí. Tan solo él y Beaumont conocían mi identidad.

En el café solo habían dos clientes. Estos y el otro *barman* no sospechaban lo que estaba ocurriendo. Los dos hombres hablaron en voz baja. Sam les encañonaba con una pistola, cubierta por un paño de fregar. Salió del mostrador con los ojos fijos en los dos jóvenes.

Tom se dirigió hacia él con firmeza.

—¡Quieto o disparo! —amenazó Sam entre dientes.

No fue obedecido. Tom continuó su inflexible avance. El asesino, asustado, apretó el gatillo, sonando un chasquido sordo.

—¿Qué es... esto? —exclamó atemorizado.

Trató de desasirse, pero Tom ya le tenía inmovilizado entre sus poderosos brazos. Cliff reacciono y con una mano lo espesó.

—Es muy sencillo, Saín. Eres muy inteligente, pero has caído en la trampa. No tenía ninguna prueba contra ti y ya tengo tu declaración. Ahora ya estás convicto y confeso. No iba a exponerme a recibir un balazo; cuando te llamaron por teléfono, uno de mis hombres extrajo los proyectiles de tu pistola. Resultó bastante fácil.

Sam rechinó los dientes. Después se serenó.

—Me he confiado, muchacho. Te sabía peligroso... pero no tanto.

Poco después Tom y Cliff se encontraban en el despacho del primero. El muchacho preguntó:

—¿Cuándo sospechaste de Sam?

—Ya lo dijo él, fue al verle salir del “Sombrero de copa”. Sus ojos me miraron con temor, aunque procuró disimularlo. Es un diablo sanguinario e inteligente. Durante algunos años ha permanecido trabajando como *barman* en ese café; de esa forma conocía nuestros movimientos, pues se granjeó la simpatía de todos los agentes. Permaneció en la sombra, con la atención de conseguir una gran fortuna y desaparecer de San Francisco. Ahora todo ha concluido.

Y con un suspiro cogió el auricular y marcó un número. Cliff dijo:

—Recuerdos a Florence.

Tom le hizo un malicioso guiño.

—Voy a señalar la fecha de la boda. Estás invitado, Cliff.

—Acepto —asintió el muchacho con entusiasmo.

FIN



JUSTO CASTIGO

M. Lafuente Estefanía

Acercándose al "sheriff", de un tirón le arrancó la placa, y con ella, un trozo de camisa.

—¡Esta estrella no puede ir prendida al pecho de un cobarde!

Quien así hablaba parecía estar muy seguro de sí mismo cuando de aquel modo se atrevía a destituir el representante de la Ley.

Y es que la autoridad que respaldaba a Cid era su propia valentía, y la certidumbre de cumplir con una de las misiones más importantes que puedan ser confiadas a un hombre.

Aparecerá la próxima semana en la
colección **HEROES DEL OESTE** * *



Psicosis

¿CONOCE USTED

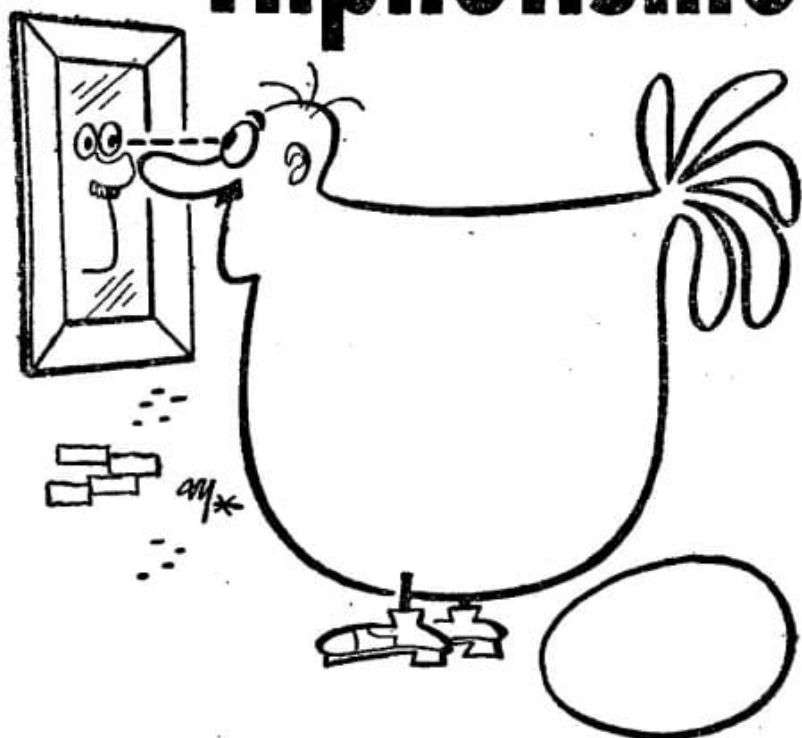
... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

368 — Amparo Lara

ESO ES EL AMOR

COLEC. "MADREPERLA"

764 — M.^a del Pilar Carré

LA VIDA

NO SE DETIENE

COLECCION "ROSAURA"

708 — Corín Tellado

HASTA AQUEL DIA

COLECCION "AMAPOLA"

594 — Pamela del Valle

EL GRAN HOMBRE

COLECCION "ALONDRA"

529 — M.^a Nieves Grajales

LA BRISA

Y EL HURACAN

COLECCION "CAMELIA"

470 — Carlos de Santander

ESCRITO EN EL ALMA

COLECCION "CORAL"

169 — Corín Tellado

RAQUEL

COLECCION "CORAL"

264 — Corín Tellado

QUERIAN CASARSE

COLECCION "CORAL"

170 — Corín Tellado

LA MUJER DE HIELO

COLECCION "BISONTE"

809 — Fidel Prado

RIVALIDAD TRAGICA

COL. "SERVICIO SECRETO"

673 — Frank Lewis

EL SOMBRERO DE COPA

COLECCION "BUFALO"

506 — John Lack

SIGUIENDO EL RASTRO

COLECCION "CALIFORNIA"

353 — M. Lafuente Estefanía

TRES OVEJEROS

COLECCION "TEXAS"

374 — M. Lafuente Estefanía

EL INFIERNO

DE DOS MUNDOS

COLECCION "COLORADO"

298 — Meadow Castle

DESAFIOS

COLECCION "KANSAS"

264 — M. Lafuente Estefanía

PELIGRO DE CUERDA

COLEC. "BRAVO OESTE"

128 — M. Lafuente Estefanía

VELOCIDAD Y

BUEN PULSO

Col. "SELECCIONES S. S."

40 — A. Rolcest

CRIMEN EN EL SUBWAY

COL. ASES DEL OESTE"

216 — Raf Segrám

EL TIGRE DE ARIZONA

Col. "HEROES DEL OESTE"

246 — M. Lafuente Estefanía

NO MERECES UNA BALA

COLEC. "PUNTO ROJO"

62 — Donald Curtis

POKER DE MUERTE

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina - SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carretera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengua? - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.
- PERU:** "Iris, S. A." ~~Erón~~ Rosenfeld - Jirón Moquegúa, 336 LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pesetas • Impreso en España - Printed in Spain